



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



~~BANCROFT~~  
~~LIBRARY~~



THE LIBRARY  
OF  
THE UNIVERSITY  
OF CALIFORNIA

Theo H. Crook Collection

Bancroft Library  
University of California  
WITHDRAWN

# CIENCIAS BIOLÓGICAS



ORIGEN Y EVOLUCION DE LAS ESPECIES



ORIGEN Y DESCENDENCIA DEL HOMBRE

POR EL P.BRO.

**EDUARDO A. ALVAREZ T.**

[PEPE COLOMA]



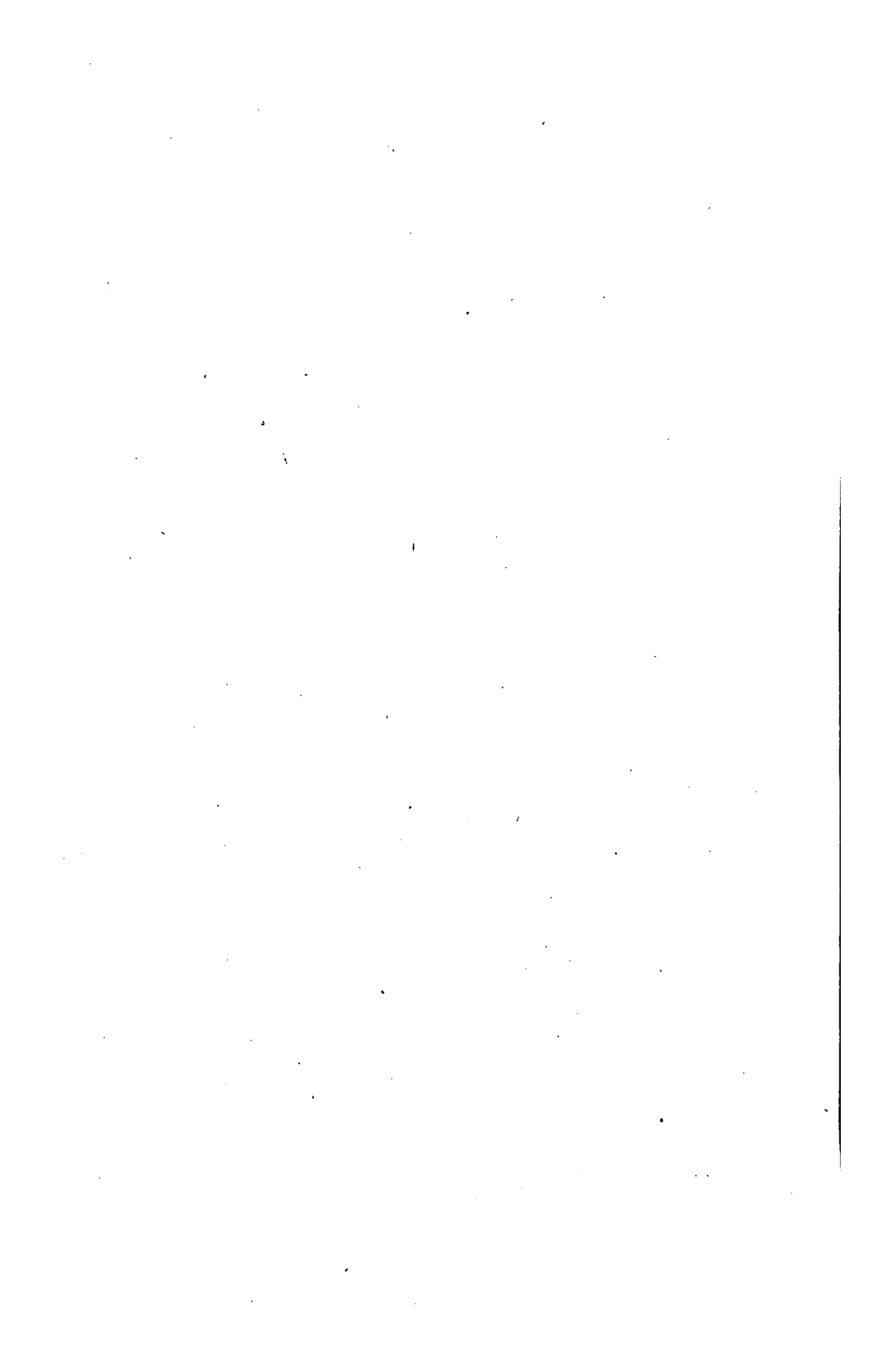
PUBLICACION DEL "CENTRO CATOLICO VENEZOLANO"



CARACAS

Imp. de "La Religión"

1904



73894

## Introducción

—:0:—

Ante los deberes que al "Centro Católico Venezolano" imponen sus fines generales, no puede ver con indiferencia esta asociación que la Patria futura, representada por nuestra inteligente juventud, se vea sujeta á una especie de *protectorado extranjero*, ejercido en lo intelectual, por la influencia de escuelas ateo-materialistas de ultramar, cuyos principios introducen invisible, pero seguramente con la negación del orden sobrenatural, los funestos gémenes del egoísta materialismo individual, causa fecunda á su vez de anarquía, esterilidad y miseria sociales.

Salvando, pues, como es siempre grato deber hacerlo, la buena fe con que algunos compatriotas hayan cedido á la corriente de esos exclusivismos de escuela, que se hacen sentir en los centros científicos y sólo para llamar la atención de nuestra juventud hacia la necesidad de conocer, antes de juzgar, lo que es la Iglesia Católica, que suele atacarse tan infundadamente en nombre de la ciencia, fue como el "Centro Católico Venezolano" en sesión de 21 de junio próximo pasado (día de San Luis Gonzaga) dispuso reunir en la edición de este folleto los importantes escritos en que el ilustrado y virtuoso sacerdote Eduardo A. Alvarez T., publicó en el *Eco Industrial* de Barquisimeto y en LA RELIGIÓN, de Caracas, bajo el seudónimo

Geomet.

F 2306  
A 6

de *Pepe Coloma* y en los cuales combatió la teoría de la evolución ateo-materialista reproducida ante los alumnos de la clase de Anatomía Humana de nuestra Universidad Central, por su profesor señor doctor Luis Razetti, con expreso detrimento de los principios católicos y de la autoridad de la Iglesia.

Caracas : 24 de julio de 1904 (aniversario del natalicio del Libertador.)

El Vicepresidente en ejercicio de la Presidencia  
JUAN DE DIOS MÁNDEZ, HIJO.

El Segundo Vicepresidente,  
*Pedro G. Roget.*

El Bibliotecario,  
*J. M. Alamo Dávila.*

El Tesorero,  
*Ricardo Pérez Esteves.*

Los Secretarios,  
*Segundo M. Alcántara—José Puigbó R.*

Los Subsecretarios,  
*Gerónimo B. Fonseca—León Uzcátegui.*

—:o:—

### ***Necesaria aclaratoria***

En el número 960 de *El Constitucional*, de Caracas, aparece una "Protesta" autorizada por el señor Dr. Luis Razetti.

Afirma que no ha sido contendor mío, y lo cierto indubitable es que mis luchas en Caracas se iniciaron precisamente con él, por haber afirmado en nombre de la Ciencia la existencia de una materia eterna en eterno movimiento, regida por las leyes de una física, de una química, de una mecánica.

Si para dar el nombre de contendor se necesita luchar á brazo partido, claro es que el Dr. Razetti y yo nunca hemos combatido así; pero si se trata de ideas y de principios, el Dr. Razetti, colocado por temperamento y por educación en el campo de la negación contemporánea, ha sido mi contendor, y acaso uno de los más ilustrados, como que es el más ardiente defensor de las doctrinas ateo-materialistas.

Que yo me mofo de la ciencia es aseveración gratuita, pues como él, venero á la ciencia y llevo mi respeto y mi admiración por

las conquistas científicas, hasta conceder demasiado al criterio investigador, salvando, eso sí, la integridad del dogma católico.

Y no me espantan las conquistas del siglo, porque bien me sé y es convicción mía profunda, que la verdad no contradice la verdad, y que si los sabios disienten á menudo, no así la verdadera ciencia, cuyas conclusiones son como axiomas que no admiten discusión.

Y téngase muy en cuenta que el Dr. Razetti es el que se mofa de la ciencia, pues que él no cree sino en la triste realidad del mundo fenomenal y sensible, como si los hechos observados en el gabinete del químico bastaran por sí para constituir la denominación de ciencia.

Que yo desprecio á los sabios, es mentira del Profesor de Anatomía Humana, pues yo nunca he afirmado, como lo ha afirmado él en su última conferencia, que los que no piensan como Darwin y otros corifeos del monismo evolucionista, son *espíritus superficiales y retrógrados*.

Eso de que he escrito en contra de su persona, es totalmente falso, pues no le he inferido una sola injuria, ni tengo por qué inferírsela.

Luchar contra sus ideas, combatir sus afirmaciones, negar las consecuencias que deduce á favor de sus doctrinas, eso he hecho y eso haré cada vez que me lo permitan mis exiguas facultades intelectuales; y lo haré por lo mismo de que *cada uno puede creer lo que mejor satisfaga las exigencias de su espíritu....*

No he dicho que el Dr. Razetti ha sido vencido; no lo he pensado siquiera, pues tan sólo he afirmado y afirmo aún que su tesis de una *materia eterna*, como estotra del *monismo evolutivo*, ni las ha comprobado, ni las llegará á comprobar y que, en consecuencia, carecen de valor científico y no pueden exigir el asentimiento racional de los espíritus.

Los portaestandartes de los errores modernos, los corifeos de la falsa ciencia se contradicen á menudo y no son ellos los llamados á proclamar como dogmas inconclusos las hipótesis que pregonan.

El Dr. Razetti aspira á que se dé asentimiento á todo lo que él afirma, pues tan sólo él habla el puro lenguaje de la ciencia. No me conformaré con tal modo de pensar, hasta tanto no se demuestre la verdad de tales aseveraciones.

Creerse herido porque los demás no piensan del mismo modo, es ser demasiado quisquilloso, y en tal caso debo exclamar aquí: *¡quo tanta insania civis?*

Conste, pues, que al impugnar errores de fondo, no hiero personalidades, porque los nombres propios me importan poco en cuestiones que tienen de suyo altísima trascendencia.

---





# ❁ Ciencias Biológicas ❁

Origen y evolución de las especies

## Origen y descendencia del hombre

—:0:—

A los señores Dres. Agustín Aveledo, Ricardo O. Limardo, Felipe Tejera, Amenodoro Urdaneta, José M. de los Ríos, José Gregorio Hernández, Antonio I. Picón, Juan de D. Villegas Ruiz, J. M. Núñez Ponte, Fulgencio C. Carias, J. M. Alamo Dávila, Miguel Villavicencio, José Tomás Sosa Saa, F. Izquierdo Martí, Domingo Alas, Juan de Dios Méndez hijo, Pedro I. Romero, Nicolás J. Mendible y Simón Wonstedler, representantes genuinos de la tradición filosófico-cristiana en Venezuela.

“El transformismo no puede ser aceptado definitivamente, sino con la condición de mostrar que el crecimiento por selección puede dar origen a una especie fisiológica.”  
[Huxley, “partidario de la evolución.”]

“Existe una diferencia esencial entre el bruto y el hombre, no sólo en lo que concierne a su constitución, sino en lo que se refiere a su destino.”  
(J. William Draper, “enemigo de la revelación.”)

Poco tiempo hace estuvimos en Caracas luchando y combatiendo desde las alturas del periodismo católico en asuntos de grave trascendencia para los intereses de la filosofía cristiana, de la moral y la religión.

Los contendores hicieron gala de sus talentos, y á fuer de pensadores amontonaron argumentos como para echar por tierra

la verdad proclamada por la Iglesia Católica durante una larga y prolongada sucesión de veinte siglos.

Nosotros hicimos hincapié y sostuvimos el valor de aquella afirmación absoluta y radical.

Entre aquellos combatientes figuró el Dr. Luis Razetti, defensor y propagandista de las nuevas corrientes de la filosofía natural, á la que rinde pleito homenaje y á la que pide con decisión y entusiasmo la solución última de los grandes problemas que agitaron la conciencia del siglo XIX y que palpitan aún en la conciencia del siglo XX.

Nada lo detuvo en aquella memorable ocasión para proclamar á la faz de una sociedad sensata la existencia eterna de una materia en eterno movimiento, renovando así, y acaso sin darse cuenta, el error pagano de Lucrecio y Epicuro; y eso cuando ellos mismos, hombres modernos arrastrados por las corrientes modernas del siglo, claman contra todo lo antiguo y desechan las enseñanzas que el hombre ha recibido de aquellas generaciones que pasaron comprobando, visto está, que la tradición filosófica, lo mismo que la tradición histórica, tienen su razón de ser, su valor é importancia en las grandes confluencias de los siglos y que nó son esas tradiciones letra muerta en el archivo de los pueblos y en los anales del género humano.

El Dr. Razetti, Vicerrector de la Universidad Central, Profesor de Anatomía humana y Secretario Perpetuo del Colegio de Médicos, no pudo comprobar su tesis, pues no alcanzó á demostrar, ni por la experiencia ni por la investigación científica, que las fuerzas físico químicas pueden producir, por sí mismas, ó en las retortas de un laboratorio, no ya un organismo vivo, pero ni siquiera una simple célula, ni siquiera un simple protoplasma.

Por no confesar á Dios, por no creer en la creación *ex nihilo*, por no asentir á la verdad religiosa, por no creer en el milagro, echó á rodar su afirmación de una materia, que moviéndose eternamente, sin causa ordenadora, sin fuerza directriz preexistente, es la causa de todos los fenómenos que se suceden en el orden físico y en el orden moral de la conciencia.

Si tal fuera, la tesis del distinguido compatriota comprobaría una sola verdad: la existencia de un milagro el más grande y extraordinario que presenciarían, atónitas, las miradas de los hombres: lo perfecto saliendo de lo imperfecto; el hombre que domina la materia saliendo de la materia bruta: el espíritu engendrado por una fuerza ciega que obra á tientas, y las maravillas del arte, y la civilización y el progreso de veinte siglos causado por la revolución constante é inalterable de átomos eternos que se agitan en eterno movimiento!!!

La afirmación materialista la aplicaba el señor Catedrático de Anatomía humana á la explicación del origen de la vida y á la ne-

gación radical y absoluta de la existencia de Dios, del alma y de sus facultades y á la extinción de toda barrera de división entre el mundo moral y el mundo simplemente fenomenal.

El paso estaba dado; y como un error da la mano á otro error, y como un abismo llama á otro abismo, el señor Catedrático de Anatomía humana, desde la cumbre de altísimo apostolado y luciendo galas de erudición y talento, echa mano ahora de una hipótesis dormida cuasi en el panteón de la historia, y á los jóvenes estudiantes de la Ilustre Universidad Central se la presenta ataviada con los caracteres de verdad científica, apoyándola él con las luces de su talento y el crédito de su autoridad intelectual.

La negación es ahora más absoluta, más radical, por más que el señor Vicerrector de la Universidad se cuide muy poco de comprobar la nueva tesis con hechos y con datos de experiencia, siendo éste el testimonio á que apelan á cada paso, porque más allá del mundo sensible, del mundo fenomenal no existen, así hablan ellos, las grandes realidades del mundo sobrenatural.

Las gravísimas y funestas consecuencias de esta nueva afirmación del señor Dr. Razetti están á la vista, y muy soso habrá de ser quien, leyendo la conferencia última del Catedrático de Anatomía humana, no deduzca conclusiones como las siguientes: “Dios es una hipótesis”; “el mundo sobrenatural una mentira”; “el alma un producto de la materia”; “la libertad moral un simple juego de los órganos”; “el pensamiento una secreción del cerebro”; “los actos humanos una evolución de las fuerzas mecánicas”; el hombre entero, el hombre completo, menos que un bruto, menos que una planta; un mineral, una máquina”. Dilató de tal manera su tesis científica el catedrático compatriota, que fue más lejos que Lamarck, más lejos que Wallace, más lejos que Darwin, más lejos que Haeckel, el distinguido discípulo que llevó hasta sus últimas consecuencias el monismo evolutivo.

Vamos á hacer un ligero examen de estas nuevas afirmaciones del Dr. Luis Razetti, y vamos á comprobar que esa nueva tesis desarrollada por él en su última conferencia leída en las aulas de nuestro primer instituto docente, carece de fundamento racional, y que la palabra del Génesis alumbró hoy los nuevos derroteros de la investigación científica, porque la *leyenda* de Moisés, la *fábula* del Legislador hebreo, es obra maestra, como que en sus páginas se siente el soplo de Dios, algo divino que encierra ese libro misterioso, cuyas enseñanzas no han podido poner en jaque ni la soberbia de los hombres ni la orgullosa negación de los impíos.

Y á tratar la importante cuestión, la tesis filosófico-científica nos vamos con tiento, poseídos de temor, como que nosotros, oscuros pensadores que vivimos en la penumbra, no tenemos el atavío intelectual del Catedrático de Anatomía humana, ni como él podemos dirigir palabras, ni hacer escuchar los acentos de nuestra

voz á una porción escogida, ávida de luz y de las conquistas científicas del siglo.

Pobre Cura de aldea somos nosotros; y como hemos puesto oído á las corrientes tormentosas de la nueva filosofía evocada por los porta-estandartes del progreso humano y asistimos, aunque de lejos, á la lucha de esa dualidad científica sostenida por los hombres de las modernas escuelas, queramos que no, hemos de asirnos de alguna tabla de salvación; y debiendo luchar y combatir, hemos, por fuerza, de hacernos escuchar, no ya de una porción escogida que esté pendiente de nuestros labios, sino de la humanidad, dando expansión á nuestros pensamientos en la hoja de papel que va por el mundo, que circula por todas partes, ora como volcán de encendida lava, ora como manojos de luz de claridad apacible.

Nada nuevo vamos á decir, porque la tesis del señor Dr. Luis Razetti pasa en autoridad de cosa juzgada.

Por fortuna para nuestra Patria esa afirmación ateo-materialista, esa tesis del monismo evolutivo no ha echado raíces profundas; y de ahí el empeño, digno de mejor causa, de pretender nuestro compatriota asentarla de fijo en su cátedra de Anatomía humana, pres-tándole el brillo de su inteligencia y, de su ilustración nada común.

Y empeño inútil! porque si el señor Vicerrector de la Universidad Central pára mientes en los datos suministrados por la Anatomía comparada y se despoja un poco de sus pasiones de sectario y de sus aberraciones de filósofo, habría llegado, por las vías mismas del método experimental, á la comprobación de esta verdad: "la descendencia *simia* del hombre es vana utopía de Lamarck y Darwin: entre el mono y el hombre media un abismo que no puede salvar la paciente investigación del sabio".

Lo hemos de ver á la luz de un criterio imparcial, porque aquí no hemos de hablar con *enmarañados* distinguos de escolástico ni con *quisquillas* de áspera y dura metafísica.

## LA TESIS DEL DOCTOR RAZETTI

### II

Cabe ahora examinar en su conjunto la nueva afirmación ateo-materialista del catedrático de Anatomía humana, para ver de impugnarla en su valor científico y dejarla como vana utopía, como negación fría y desnuda de un criterio que va en pos de la verdad luchando con la verdad misma. Doble enseñanza contiene la tesis del señor Vicerrector de la Universidad Central: relativa, una, á las trasmutación de las especies, y relativa, la otra, á la evolución monista, como si la primera afirmación pudiera nunca servir de punto de partida, salvada en ella la existencia de la primera Causa, para estotra segunda afirmación en que se vulne-

ran los fueros de la verdad científica y se echa por tierra, no ya la enseñanza de una revelación primitiva, sino el orden social existente, que no puede tener su fundamento en una *mónera* que se transforma y se desenvuelve, modificándose en la sucesión del tiempo y en la gestación prolongada de los siglos.

Errores de cuantía contiene la última conferencia del Secretario perpétuo del Colegio de Médicos; afirmaciones apriorísticas destruidas de fundamento; negaciones absolutas sin datos de experiencia en qué apoyarlas, y dudas y vacilaciones que le recomiendan más como *dilettanti* filósofo, que como sabio y profundo investigador que en la calma del espíritu y en la madurez de la reflexión inquiera únicamente la verdad.

Partiendo del principio de que “la Biología se funda en la Anatomía, la Fisiología, la Química y la Medicina, y no en las lucubraciones fantásticas de los filósofos de gabinete,” créese él que “el antiguo y clásico principio de inmutabilidad de las especies quedó totalmente destruido” “para dar cabida en la ciencia á la doctrina de la descendencia.”

No hemos de negar que aquellos ramos del saber humano se auxilian mutuamente, pero no de tal modo que se confundan en una sola, pues que cada una tiene su objeto especial y se funda en leyes que le son peculiares, hasta el grado de que la Biología, diga lo que quiera el catedrático de Anatomía humana, no podrá nunca dar razón de un fenómeno esencialmente mecánico, así como la mecánica jamás podrá resolver nada en materias que se relacionan con el origen de la vida.

Si biológicamente se ha de explicar todo, esa Fisiología, esa anatomía, esa Química, esa Mecánica están demás; y si mecánicamente hemos de resolver los más arduos problemas de la fisiología, de la moral y de la religión, nada valen entonces aquellas denominaciones de Química, Fisiología, Anatomía y Biología; y así como se pretende borrar toda distinción entre el mundo inorgánico y el mundo orgánico, bórrese también toda distinción entre las ciencias y déjese á una sola campear libremente y suministrar-nos materia suficiente para explicar todo fenómeno cualquiera que sea el orden á que pertenezca. O simplemente somos biólogos, ó mecánicos simplemente.

El origen de la vida por la acción de las fuerzas-químico-mecánicas ha sido la pesadilla de este honorable compatriota; y como este *quid divinum*, esta *vis plástica* ha escapado al bisturí de los cirujanos y al escalpelo de los sabios, y no ha podido ser reducida en las retortas de un laboratorio á fórmulas matemáticas, como esas que pregona la síntesis química, el catedrático de Anatomía rabia y desespera, y partiendo de una simple hipótesis, de una conjetura vana, exclama delirante: “La ciencia niega en absoluto la creación....”

¿Cuál ciencia, compatriota? ¿La ciencia de las afinidades químicas, la ciencia de la síntesis celular? Pero si aquellas afinidades nada prueban y si estas síntesis aún no se han podido verificar, ¿por qué condenar en nombre de ellas la Causa Primera de la Creación? Esto es bastardear la ciencia y formular á *priori* postulados que no tienen razón de ser.

Porque si “la ciencia tiene por objeto el conocimiento de la verdad,” como bien dice el señor profesor de Anatomía humana; si “la obra de la ciencia es una continua reconstrucción sobre las ruinas del pasado,” y si hemos de seguir el camino trazado por los apóstoles de la verdad, precisa ir en tal caso tras las huellas de Galileo, Copérnico y La Place, de Newton y Pasteur, y como ellos confesar la existencia de una Causa Creadora, y como ellos creer que el Génesis no ha contradicho la palabra de la ciencia.

Si estos hombres citados por el doctor Luis Razetti en manera alguna han extremado las consecuencias hasta llegar á la negación atea ¿á qué ese empeño innoble de hacer creer á los demás que la ciencia ha negado en absoluto la creación?

Y á mayor abundamiento: si esa ciencia que se proclama parte de la observación y la experiencia y en ellas se apoya, porque tal es la índole del método que siguen en sus investigaciones los hombres del positivismo, ¿con qué derecho esa ciencia niega el acto creador? con qué derecho afirma la imposibilidad absoluta de que en un momento dado *haya sido lo que antes no era?* en qué experiencias y observaciones pueden apoyarse los positivistas para negar la transición del *no ser al ser* por el acto omnipotente de una Primera creación? ¿aquel acto creador es un hecho sensible que puede analizarse en las retortas de un laboratorio?

Esta cuestión del origen primitivo de las cosas, del principio de los seres en un momento dado, toca á los confines de la metafísica y mal hacen los positivistas en retorcerse contra ella alegando la imposibilidad del acto creador y la existencia de la misma Causa Creadora.

En materia de tanta importancia se debiera tener en cuenta aquella humildad de Quátrefages, cuando decía: *Nada sé*, y no la soberbia de Hækel que pretendía *saberlo todo*, soberbia que le echaba en cara el mismo Carlos Vogot.

El señor Catedrático de Anatomía humana al dar cuenta de que existen dos escuelas, una que afirma “la invariabilidad de las especies,” y otra que sostiene que “las especies *PUEDEN* variar y *deben* [término antitético] haber variado en la sucesión de los tiempos . . .” asienta que la primera se “apoya en la *leyenda* de la creación *ex nihilo* atribuida al Legislador del pueblo hebreo y que se encuentra en el primer libro de la Biblia.” Y no paró aquí el señor Vicerrector, pues que á renglón seguido afirma una cosa que nosotros no sabíamos: la imposición *dogmática* de la

invariabilidad de las especies por la Iglesia Católica á sus sectarios."

La pasión de escuela, el sectarismo impío, el odio á la Iglesia y á todo lo cristiano y sobrenatural llevaron á nuestro compatriota á escribir tantos errores de fondo.

Una *leyenda la creación ex nihilo!*.... Pero el señor Profesor de Anatomía humana, y no de Arqueología histórica, no aduce un solo testimonio que pueda comprobar el origen fabuloso ó mítico del primer libro del Pentatéuco de Moisés!!!

Y Moisés es el autor de ese Génesis que tanto espeluzna al señor doctor Luis Razetti; y si á favor de la autenticidad de este libro militan la enseñanza de la Iglesia, la tradición de los Padres y Doctores, y los monumentos antiguos del Egipto, buena prueba tenemos en el mismo Catedrático de la Universidad Central, pues que él no sería tan acérrimo defensor de la *trasmutación de las especies, del origen simio del hombre y de una materia eterna en eterno movimiento*, si no fuera porque cada afirmación materialista de él se estrella contra las enseñanzas de esa *fábula* que ha sobrevivido siendo el tesoro de dos pueblos esencialmente irreconciliables.

Parece que el doctor Razetti se ha impuesto algo así como la terrible misión de descristianar á la juventud que se educa en las aulas de la Universidad, como si para afirmar la hipótesis ó conjetura de la *variabilidad indefinida de las especies*, fuera necesario atacar la existencia de Dios, y no bastara para ello colocarse en el campo de la pura investigación científica y de la observación experimental.

Por eso dice lo que es inexplicable:

"Esta doctrina [la de la *invariabilidad de las especies*] *impuesta dogmáticamente* á sus sectarios por la Iglesia Católica, prevalece aun en los espíritus superficiales y retrógrados; es la doctrina de la ortodoxia."

Mentira parece que un hombre de talento como el doctor Razetti haya dado un traspié semejante en un centro tan culto y tan intelectual, como lo es la Universidad Central.

Conque señor Vicerrector: la doctrina de la *inmutabilidad de las especies* pertenece al tesoro común de las verdades que hemos de creer bajo pena de excomunión mayor? ¿puede enseñarnos Su Señoría esta definición dogmática de la Iglesia Católica? ¿qué canon, qué Bula Pontificia contiene semejante resolución?

## II

Si tal cosa cree el señor Catedrático de Anatomía humana, hace papel de mal teólogo, dogmatizando por cuenta propia y achacando á la Iglesia, doctrinas que ella no profesa aún; porque

es tal la amplitud de miras y tal la libertad de expansión en materias que no dañen la fe católica, que los sabios ortodoxos, los filósofos cristianos, sin perder de vista el luminoso círculo del dogma, luchan y combaten, unos en pro y otros en contra, y con tan buena suerte que más de una vez han dilatado el pensamiento intelectual y aumentado el acervo común de la investigación científica.

De aquel capítulo del Génesis no puede partirse para establecer la *invariabilidad de las especies*, ni tampoco para creer, como lo hace el señor doctor Razetti, que para cada especie animal ó vegetal haya habido necesidad de un acto creador especial. Ni el Génesis ni la Iglesia asientan tal doctrina, pues la ortodoxia cristiana, la ortodoxia católica, tan sólo enseña que el cielo, la tierra y los demás seres fueron creados por Dios, sin afirmar ni decir nada, como exclama Santo Tomás, acerca del *modo, orden, circunstancias y condiciones* en que se haya verificado la producción de los vegetales y animales.

¿Cuántas fueron las especies creadas? No lo dice Moisés; y siendo así poco importa, como observa Broun, "que el primer acto creador se haya limitado á una sola especie, ó haya producido diez mil ó cien mil.

Quiere esto decir que la hipótesis de Darwin acerca del *protoorganismo*, ó de los cuatro ó cinco tipos primitivos para los reinos vegetal ó animal, se concilia perfectamente con el Heámeron bíblico, bastando reconocer á Dios como creador de la vida y de esos organismos primitivos.

Es más: Darwin profesando el principio de marcha ascendente y ordenada en la escala de los seres, confirma de manera absoluta la narración genésica en la que Moisés presenta la acción creadora haciendo salir los seres en marchas ascendentes, yendo del caos primitivo, de la materia informe á los astros, la tierra y los mares; de éstos á la luz, á las plantas, á los animales, hasta llegar al hombre, coronamiento hermoso de la obra de la creación. Cuán cierto es que cuando la ciencia ha dicho la última palabra, la Biblia ha pronunciado la primera!

Es falso, pues lo que enseña el Catedrático de Anatomía humana acerca de *imposiciones-dogmáticas* de la Iglesia Católica.

Nó: la doctrina de la evolución vaciada en moldes cristianos, correctamente entendida, no ha sido condenada por la Iglesia, y bien lo han declarado el Jesuíta Delsaux, el canónigo Duilhé de Saint-Projet, Isidoro Geoffroy, Saint Hilaire, M. Aibert, Gandry y M. Naudin.

Dejando aparte el origen del hombre "la fe nada prescribe", dice Duilhé de Saint-Projet, respecto del desarrollo de los seres orgánicos y de las manifestaciones sucesivas de la vida sobre la tierra. La prueba de que el transformismo no es incompatible



con la ortodoxia, es que tuvo representantes en la Edad Media. Alberto Magno lo admite sustancialmente en el reino vegetal."

Invocar, pues, la *invariabilidad de las especies*, como doctrina enseñada por el Génesis y sostenida *dogmáticamente* por la Iglesia, no pasa de ser un agravio á los fueros de la justicia y una mentira teológica mal urdida, por quien no ha debido hablar sino en lenguaje sencillamente científico.

Con esto no afirmamos que sea verdad la hipótesis contraria: la *trasmutación de las especies*; pero habremos de dejar este asunto para dedicarle capítulo aparte.

Ni Lamarck, ni Wallace, ni Darwin llevaron las consecuencias de sus concepciones científicas hasta la negación de la Causa Creadora; y de aquí que este darwinismo, este lamarkismo, este wallacianismo en la primera etapa de su aparición científica hayan sido juzgados, no como *doctrinas esencialmente impías*, sino como *hipótesis* destituidas de fundamento racional en muchos de los puntos y conclusiones que abrazan.

El doctor Razetti ha ido más allá que los fundadores del sistema, pues Lamarck consideraba las leyes naturales que presiden al *protoorganismo* como "*expresión de la voluntad suprema que las estableció*," afirmando á la vez la *distinción real* entre la naturaleza y Dios, que es su autor, cuando escribía: "La naturaleza es como un intermedio *entre Dios* y las partes del universo físico para la ejecución *de la voluntad divina*." Wallace admite la acción creadora de Dios y declara que "las fuerzas de la naturaleza, los agentes materiales son *incapaces de dar origen por sí solos* al organismo humano," reconociendo al propio tiempo la insuficiencia de la *selección natural*, fundamento primario de la teoría darwiniana; y Darwin, el autor predilecto del señor Catedrático de Anatomía humana, en su libro: *Origen de las especies*, exclama á la vez: "hay cierta grandiosidad en considerar la vida con todas sus propiedades como infundida en un principio por el Creador á un pequeño número de formas y quizá á una sola de ellas."

Ya ven los lectores que el señor Vicerrector de la Universidad Central se queda solo en cuanto á la negación de la Causa Creadora, y que en vez de favorecerle Darwin, Wallace y Lamarck va de brazos con Haeckel, el más ateo de los darwinistas, y el verdadero autor de esa concepción mecánica del mundo que el Catedrático de Anatomía humana nos quiere vender como verdad única con la cual ha de conformarse el sabio y con la que ha de vivir en paz el género humano; creyendo que el mundo, así el físico como el moral, la religión, la sociedad, la familia, el individuo, Dios, el alma, el arte, la civilización y el progreso, la ciencia, no son sino una máquina de grandiosas proporciones que se mueve

con movimiento eterno merced á la combinación de los átomos y de las leyes que los rigen!

Tan enemigo se manifiesta el doctor Razetti de la *invariabilidad de las especies*, que afirma bajo su palabra de honor: que además de estar “sostenida (esta doctrina linneana de la *inmutabilidad*) por la “autoridad ilimitada de la Iglesia,” lo estaba también “por el poder absoluto de los reyes.”

Esto se dice, esto se escribe en la sabia Metrópoli, y se escribe y se dice por un Catedrático de Anatomía humana!!!

Y ¿qué tienen qué hacer los reyes [absolutos ó relativos] con que las especies sean variables ó no? Esto no es filosofar, esto es charlar á ciencia y paciencia de los lectores!!!!

“Atacar aquella hipótesis,” añade el señor Catedrático, “equivale á caer en la impiedad. La impiedad se castigaba entonces con la pena de muerte!!!....”

Exacto, pues consta perfectamente que Miguel Servet, médico español, fue tostado no por la Inquisición ni por el poder absoluto de ningún Rey de aquella época, sino por la *tolerancia dogmática* del reformador don Juan Calvino!!!!....

## Los fundadores del transformismo

### III

Defendida quedó la autoridad doctrinal de la Iglesia y puesta de manifiesto la incompetencia absoluta del señor Dr. Luis Razetti para hacer de comentador del Génesis de Moisés y de la enseñanza escrita en este libro del Pentatéuco; cosa no extraña, porque este médico podrá dar lecciones de anatomía humana, pero en modo alguno de Hermenéutica Sagrada, estudio reservado á los exégetas y comentadores bíblicos.

Y ¡contradicción manifiesta! Pretenden ellos que la metafísica nada tiene que ver con los fenómenos de la naturaleza ni con el orden en que se suceda, pero sí que se pueda aplicar el método experimental á la interpretación de un capítulo de la Biblia!....

*Miseras hominum mentes!....*

Después del ligero preámbulo en que el estimable compatriota ataca la autoridad de la Iglesia y el poder absoluto de los Reyes, entra en consideraciones de otro género haciendo una ligera reseña de los hombres del transformismo y dedicando á cada una de estas personalidades científicas frases laudatorias por considerarlos como portaestandartes del verdadero progreso en el amplio camino recorrido por la humanidad.

Francoamente: la tesis del Dr. Razetti se limita simplemente á esto, y allí aprendemos, no que las especies se trasmutan, ni que

el hombre desciende del mono, sino que Lamarck nació en tal año y escribió tal y cual cosa; que luego vino Wallace y escribió esto y aquello, y que á poco apareció el célebre naturalista inglés Carlos Darwin, dilatando más y más la teoría hipotética de la evolución y ataviándola con caracteres de verdad científica. Ahí está la conferencia: el que quiera, puede leerla, y si encuentra un *solo hecho* que compruebe la trasmutación de las especies, ó que el hombre desciende del mono, nos comprometemos á callar, á guardar silencio absoluto y á saludar al Profesor de Anatomía como el más grande pensador del siglo.

Al escribir el esbozo de cada uno de los hombres que más se distinguieron en este nuevo movimiento científico—Lamarck, Wallace, y Darwin, se olvidó el compatriota de Mivart, como se olvidó de Hæquel, quien merece, mejor que Darwin, el título de padre y fundador del monismo evolutivo, como que quiso reducirlo todo á la mecánica de los átomos y como que su sistema, según confesión del mismo Darwin, es más amplio y más completo que el suyo.

Entre uno y otro autor se observan diferencias radicales, pues cuando Lamarck funda su sistema sobre la *influencia del medio*, la *adaptación* á circunstancias exteriores, la *herencia*, que juega papel de alta importancia, y el *tiempo*, factor indispensable para que se verifique la transformación; Wallace recurre á la acción sobrenatural de los espíritus angélicos para explicar los movimientos de la materia, y Darwin, contradiciendo á Wallace, parte de la *selección natural* y de la *lucha por la existencia*.

De estas diferencias, de estas contradicciones, nada dice el Sr. Catedrático de la Universidad como que él ha querido darnos á conocer que hay cierta unidad de plan, cierta armonía de método y que estas escuelas ni lucharon ni combatieron, porque las afirmaciones de Lamarck las tuvieron como ciertas Darwin y Wallace, sin añadir ni quitar nada á las enseñanzas del llamado padre y fundador del transformismo científico.

Dejando, pues, á un lado á Lamarck y Wallace, y fijando la atención en Darwin, el naturalista de más atractivos para el Dr. Razetti, aunque sea "Lamarck el Newton de la Biología", y no el transformista inglés, como en justicia debiera ser para los materialistas modernos, porque su sistema es más completo y más amplias y dilatadas sus observaciones y experiencias, hagamos un ligero estudio de este autor y de su teoría, limitando las observaciones á la crítica de su primera obra: *Origen de las especies*.

No se puede negar que la teoría darwiniana, tomada en un sentido limitado (darwinismo selectivo) ó llevada hasta sus últimas consecuencias (darwinismo monista evolutivo) ha ejercido y ejerce capital importancia en el movimiento científico de los siglos, pues ya no sólo se nos habla de transformismo en las especies vegetales

ó minerales ó de transformismo del mono en hombre, sino que la evolución se lleva hasta las ideas, hasta el alma racional, hasta el orden social, hasta Dios, del cual se prescinde para eustituirle con una simple *mónera*, organismo sin órganos, autora de la vida y de las grandes revoluciones del globo.

La consecuencia es lógica: si el hombre proviene del mono, si éste proviene de una *mónera* y si ésta se formó á sí misma, si apareció cuando nadie la esperaba infundiéndose la vida é infundiéndose la á los demás seres, nada se sucede en el mundo sino por efecto de la evolución de ese protoplasma primitivo, único agente de los acontecimientos humanos y único responsable de los actos morales del hombre.

Ahora bien: considerado el darwinismo en su primera fase que hemos llamado, con el filósofo Zeferino Gonzalez, darwinismo selectivo, ¿encierra conclusiones y datos científicos de que se pueda partir para asentar afirmaciones categóricas en el orden racional? ¿sirven de apoyo á la teoría darwiniana la observación y la experiencia hasta el grado de que se la pueda considerar como doctrina científica y no como una simple hipótesis? Las bases de aquel sistema, los fundamentos que la sostienen, las leyes que le sirven de punto de partida, han comprobado *una sola vez* la verdad científica y racional de la tesis darwiniana?

Sabido es que el empeño de Darwin y de sus secuaces ha sido establecer como cierta, segura y verdadera la doctrina de la transmutación de las especies, para llegar á lo cual el célebre naturalista inglés después de observar los cambios y variaciones alcanzados por la paciencia del hombre en fuerza de la llamada *selección artificial*, estableció de llano en plano que "las especies son variedades bien pronunciadas y permanentes", afirmando desde luego que aquella transición "se verifica por la acumulación de pequeñas diferencias en los individuos".

Afirmación del todo gratuita, porque si las diferencias en el individuo no se verifican en su esencia, sino que son pequeñas y accidentales del todo, no dan motivo para establecer como doctrina corriente la transmutación de las especies, pues tales cambios se explican perfectamente sin necesidad de recurrir á la transformación.

Como tales variedades se deben á la *selección artificial*, Darwin propuso como base de su nueva teoría la ley fundamental de la *selección natural*, fuerza ciega, fatal é inconsciente en virtud de la cual la naturaleza acumula lenta y paulatinamente así en las razas como en las variedades, las cualidades ventajosas y las perfecciones especiales de organismo poseídas por los padres, resultando de aquí que si la *selección artificial* produce variedades, la

*selección natural*, ley más sabia, introduciendo modificaciones profundas, explica la mutabilidad de las especies.

Las condiciones ventajosas de la transmisión hereditaria tienen su explicación en la teoría darwiniana, porque para darle al individuo perpetuidad de existencia, requiere tales perfecciones que pueden asegurarle la victoria en la lucha por la vida contra los individuos inferiores ó débiles por algún concepto. Esta es la *ley de la concurrencia vital*.

Aunque la *transmisión hereditaria*, la *selección natural* y la *lucha por la existencia* explican según los darwinistas selectivos, ese cúmulo de variaciones que producen variedades y luego *especies* y géneros diferentes, Darwin no quiso dar por terminados sus trabajos de investigador y á estas tres leyes añadió las de *correlación de crecimiento* y *selección sexual*.

Tal es en síntesis la concepción del naturalista inglés en aquel libro del *Origen de las especies*; concepción vasta y profunda en la que, á pesar de no ser una teoría fundamentalmente científica ni tener carácter de doctrina racional, Darwin se exhibe como pensador, como talento aún no extraviado totalmente, que busca con sencillez la verdad é inquiera los medios que han de llevarlo á su pacífica posesión.

En esta primera aparición del darwinismo quedaba á salvo, aunque de modo implícito, la espiritualidad del alma humana, lo mismo que la existencia de la Causa Creadora; y si este darwinismo no nos ha inspirado simpatías y ha sido objeto de contradicción por parte de muchos sabios católicos, no es porque se oponga de redondo á la revelación ni á la doctrina del Hexámero bíblico, sino porque científicamente no puede demostrarse la verdad de esta hipótesis darwiniana.

Es lo que vamos á ver en capítulo aparte, para que se observe que el señor Catedrático de Anatomía humana no tiene razón en qué apoyarse para proclamar como dogma científico una teoría que no ha pasado de ser una posibilidad, una hipótesis á favor de la cual no hay *un sólo hecho*, una *sola observación*, ni una *sola experiencia*.

Y no hablamos como escolásticos, ni como metafísicos, ni como ortodoxos, pues que hemos visto que el darwinismo contenido en sus justos límites, no va contra las enseñanzas de la revelación cristiana.

Es más: si nuevas investigaciones científicas, si nuevas experiencias y observaciones, si nuevos datos adquiridos en la calma y sosiego del gabinete llegaran á comprobar (lo que no es probable) la existencia de la generación espontánea ó la transformación de una especie en otra, nada de esto sería argumento racional que se podría esgrimir como arma de combate para echar por tierra el

dogma de la creación *ex nihilo* ni las enseñanzas contenidas en el Génesis de Moisés.

Muchos escolásticos y muchos Santos Padres creyeron, de acuerdo con las teorías físicas de su tiempo, en una generación espontánea, porque no veían ellos repugnancia alguna en que Dios, después de haber creado la materia, la hubiera dotado de un principio de espontánea organización.

Así se explica que San Agustín haya escrito que “las cosas pasaron del no ser al ser en un instante no como existen actualmente sino en virtud, germen ó potencia”, y que “la idea de la creación no se opone á la lenta evolución *per temporum moras* de unas cosas y especies en otras en las cuales estén contenidas virtualmente”.

Así se explican también aquellas *rationes seminales* de Santo Tomás muy análogas, al decir del doctísimo Zeferino González, “á las móneras, cytodas, células, etc. de Hækel, ó sea organismos primitivos sencillísimos”.

Los doctores católicos no se refieren sino á la generación de plantas y animales y sin aficionamiento alguno de materialismo, pues confesaban la existencia de Dios, el dogma de la creación *ex nihilo* y la espiritualidad y racionalidad del alma humana.

Si el señor doctor Luis Razetti estuviera al tanto de las corrientes religiosas y de los progresos de la exégesis católica, no se manifestara tan enemigo de los Escolásticos, ni hubiera tenido para el santo y célebre Doctor de la Gracia, las frases cáusticas que escribió por vía de explanación en su última conferencia ateo materialista.

## Darwin y la transformación de las especies

### IV

La concepción darwiniana contenida en aquel libro: *Origen de las especies*, que ha venido á ser como el código fundamental del transformismo, fue recibido con aplauso cuasi unánime por los hombres del materialismo; su autor fue saludado como el *Mesías* de las ciencias naturales y su obra como el *Evangélio del transformismo*.

No se ha podido llevar más lejos el entusiasmo por una teoría...

El sectarismo de escuela deslumbrado por la imaginación exuberante del naturalista inglés y la prodigiosa fecundidad de su talento superior, no se dió el trabajo de inquirir si la tal teoría rebasaba ó no los límites de una simple hipótesis y ofrecía algo que tuviera carácter permanente ante la sosegada y profunda investigación de una crítica sincera, racional y científica.

De ahí las exageraciones, los entusiasmos, los apasionamientos.

tos y los aplausos con que fue saludado el restaurador del transformismo de Lamark, cuyos predecesores—Demócrito, Lucrecio y Epicuro—dormían en el Panteón de la Historia y olvidados estaban en el recuerdo de las generaciones.

Por eso el señor Catedrático de Anatomía humana se manifestó tan admirador de Darwin, de cuyas teorías hizo una larga exposición, sin previo examen, en su última conferencia leída en la Universidad Central.

Ahora: nada más natural en un fundador de sistema que partir de principios ciertos y absolutos, para que la doctrina ó el sistema tenga fundamento racional.

Si tales principios generales, si tales leyes absolutas no presiden á aquel organismo, á aquella concepción, á aquel nuevo alumbramiento del hombre en días de madurez y reflexión, el trabajo de su inteligencia—doctrina, teoría ó sistema—no pasará de ser meramente probable, ó completamente irracional por ilógico y anticientífico.

Lo que pasa con el darwinismo selectivo, pues su autor apela á cada paso á lo *desconocido*, á lo *probable*, á la *casualidad*; y un tal vez, un *puede ser*, un *es posible* se lee casi á cada página en aquel libro: *Origen de las especies*, tenido como código de alta importancia entre los factores del transformismo.

Sí, pues, la concepción darwiniana se funda toda en una *posibilidad*; si lo *absoluto y real* está sustituido por lo *conjetural y relativo*, es demás pretender ataviar con caracteres de verdad científica y de dogma irrefutable, lo que no es sino puramente hipotético.

No tiene razón el señor Vicerrector de la Universidad Central en presentarnos á Darwin como el único sabio que en el mundo ha sido, ni á su teoría transformista como la única racional que explica perfectamente las leyes de la Biología y los variados fenómenos que en la naturaleza se suceden.

Desde este punto de vista flaquea la concepción darwiniana; y si la ciencia no se funda en hipótesis ni en meras probabilidades, la teoría del naturalista inglés tiene de todo, menos el de ser científica.

Atormentado Darwin con el fenómeno de la *posibilidad de las transformaciones*, en vez de estudiar el hecho y presentar un solo ejemplar de estas transformaciones de la especie, empieza, ¡cosa increíble en un sabio de tanta talla intelectual! en formular el código de leyes de aquellas supuestas transformaciones, sin darse por entendido, de que primero se ha de hacer constar la existencia de un hecho cualquiera, de un fenómeno dado, para luego indagar la causa ó causas que produjeron aquel hecho ó motivaron aquel fenómeno.

Y como quiera que la observación y la experiencia le fueron

esquivas, porque la inmutabilidad de las especies es como una ley constante de la naturaleza, una vez que seres semejantes no engendran sino individuos semejantes que conservan á través de las revoluciones del tiempo su esencia típica, el célebre naturalista inglés dió un salto atrás, y sin explicación de ningún género, y sin declaraciones de cómo ni por qué, hace aparecer más allá de los orígenes de la humanidad histórica un *prototipo* que se organiza y se desenvuelve produciendo las distintas especies que se admirán en los reinos vegetal y animal.

¿Cuándo apareció el *prototipo*? No se sabe. ¿Cómo hizo su aparición? Tampoco se sabe. ¿Qué leyes precedieron á su lento y paulatino desarrollo? *La selección natural y la concurrencia vital*. Bien; pero como la llamada selección no hace sino acumular condiciones ventajosas y perfecciones de organismo, ¿qué condiciones tenía aquel *prototipo primitivo* y cuáles eran sus perfecciones? Y si la *concurrencia vital* no indica sino la lucha constante, duradera y perpetua de unos individuos contra otros, ¿con quién luchaba el *prototipo* que no hacía otra cosa que evolucionar lentamente escondido allá en la penumbra de los seres? Si ninguno de estos fenómenos del *organismo primitivo* se explican por la *selección natural* ni por la *concurrencia vital*, estas leyes quedan sin efecto y dejan vacía de sentido la concepción darwiniana, que en tal caso nada explica, porque nada puede explicar.

Insolubles quedan estos problemas y el misterio de la evolución de aquel *primer organismo* será siempre un *enigma inexplicable é inexplicado*, valiéndonos de la expresión del Quatrefages.

Sobre dos términos se apoyan las lucubraciones del naturalista inglés: la existencia de un *prototipo* que se desarrolla y la de innumerables especies que son como consecuencias de aquellas evoluciones. En buena lógica quiere decir: existió un *prototipo primitivo*, porque actualmente existen especies, cuya existencia ni se concibe ni se explica, sino derivánolas unas de otras hasta dar, por derivación indefinida, por un procedimiento á lo infinito, con la existencia nebulosa de aquel *organismo primero*.

Si aun damos por sentado; si aun concedemos la transición de un tipo á otro, habría de comprobarse la existencia de los *seres intermedios*, de los tipos que sirvieron como de puente para el paso lento ó continuado, como exige Darwin, ó violento y repentino, como lo requiere Hartman, el autor de la heterogénea.

No vale argüir que la serie de *tipos intermedios* es enorme en la naturaleza, como decía Darwin, sin presentar un *solo hecho*, ni una *sola observación*, afirmando lo contrario de lo que había dicho y repetido: *nuestro registro geológico es imperfecto!!!*

Este argumento no ha sido contestado por el darwinismo transformista; y es tal su fuerza y de tal magnitud los hechos observados y las experiencias formuladas, que Huxley, ardiente par-



tidario de la evolución, escribió: “La estructura de cada animal está bien definida, y marca de un modo preciso, que en el estado actual de nuestros conocimientos no puede alegarse ninguna forma como prueba de transición de un grupo á otro, de los vertebrados á los anélidos, de los moluscos á los caelenteros; lo mismo hoy que en aquellas épocas de las cuales la geología estudia sus anales.”

Y qué mucho, si el mismo señor Carlos Darwin asienta redondamente: “No se conocen las gradaciones de transición posibles entre los órganos más sencillos y los más perfectos....”

Si para Huxley no había “forma que pudiera servir para explicar la transición de un grupo á otro,” si para el naturalista Darwin esas “gradaciones de transición no son conocidas,” porque “es imperfecto el registro geológico,” y si para el señor Catedrático de Anatomía humana es inapelable la autoridad de estos sabios, ha de confesar que si no se comprueba la “existencia de especies intermedias,” la teoría de la evolución no puede franquear ciertos límites y que, como arguye el célebre profesor Bianconi: “el círculo está cerrado.—Jamás se podrá pasar de un tipo á otro tipo.”

Es, pues, pura hipótesis la trasmutación de las especies, y más racional, más científica la doctrina de Linneo y de Cuvier, de Quatrefages y Agassiz.

Si Darwin no hubiera confundido la noción de raza con la de especie, y hubiera explicado las variedades que se observan, por causas eventuales que dan perfecta razón de estos fenómenos, se habría contenido en muy justos límites y su teoría no habría sido objeto de contradicción por parte de hombres verdaderamente sabios, aunque el doctor Razetti afirme que “no son sino espíritus superficiales y retrógrados.”

Examinando más de cerca la llamada “ley de concurrencia vital ó lucha por la existencia” se la ve en contradicción con los hechos, porque no sabe uno explicarse la existencia de esa “innumerable multitud de animales microscópicos,” que han podido sobrevivir después de un recio batallar constante y perdurable en una sucesión indeterminada de tiempo.

Si los animales superiores han de triunfar en esa “lucha por la existencia” de los animales inferiores, ¿cómo es que aún existen “pólipos, infusorios y zoofitos?” ¿cómo aún existe el mundo de lo infinitamente pequeño? ¿cómo á este mundo no lo ha podido absorber, digamos así, esta palpable realidad del mundo de lo “infinitamente grande?” Lo que pasa también con la llamada “selección natural,” pues la existencia de los “híbridos” (infecundos) no se compadece con esa ley fatal é inconsciente con la que se pretende dar razón de la existencia de las cualidades ventajosas y de perfecciones de organismo transmitido por herencia.

Si la fecundidad es cualidad ventajosa ¿por qué “hay seres infecundos?” ¿por qué existen los “híbridos” en la naturaleza? ¿ó es que no los comprende á ellos la selección natural?” En tal caso la ley no es absoluta, está limitada á un círculo, y con ella no se puede comprobar la “trasmutación” requerida por el darwinismo transformista, del mismo modo que no demuestra “semejantes transformaciones” la llamada “lucha por la existencia,” porque los hechos las desmienten abiertamente y no se puede aplicar sino á.... reducido número de casos posibles, y esto de un modo relativo, y no real y absoluto, vicio de que adolece el sistema de Darwin.

Y ya que “Lamark es el Newton de la Biología,” pudiéndose afirmar lo mismo de Darwin; y ya que con esto se nos quiere decir y se nos quiere enseñar que en el sistema de transformismo encuentran explicación cumplida los fenómenos de la biología, ¿cómo esa teoría nos dá razón de este fenómeno singular: la existencia de los “neutros”? ¿cómo es que “animales fecundos,” volvemos á repetir, engendran individuos “neutros?” ¿explica esa biología transformista, ha explicado una sola vez esto que llama Quatrefages “derogación de una ley del mundo organizado?”

Tan impotente ha sido el darwinismo para dar una solución completa y racional de este hecho singular y único, que el mismo Darwin confesó ingenuamente que las “clases neutras de los insectos constituían UNA VERDADERA DIFICULTAD CONTRA SU SISTEMA.”

Con cuánta ligereza asentó el distinguido compatriota que la hipótesis de Linneo, la que afirma la inmutabilidad de las especies, “no explica la morfología de los organismos ni su desarrollo ontogénito, ni los fenómenos de la herencia, ni la presencia de los órganos rudimentarios ni la unidad funcional de los elementos homólogos, ni la unidad de estructura fundamental, ni ninguno de los fenómenos de los cuerpos organizados.”

*Ad Hominum* podíamos retorcer el argumento: tampoco y mucho menos explica fenómenos semejantes la hipótesis contraria, pues ya hemos visto cuán en contradicción están “la selección natural” y la “lucha por la existencia” con los hechos presentados por la naturaleza; y hemos visto, acabamos de ver que “la existencia de los neutros” hecha por tierra la “trasmisión por herencia.” Y esto cuando se alega que la hipótesis transformista resuelve, no solo los simples fenómenos biológicos, sino hasta los más complicados de la existencia “*à se*”—del mundo por una materia eterna y de la existencia del hombre y del alma racional que proceden de una “*mónera*”,—cuya existencia histórica no aparecé bien deslindada y de cuyos fenómenos mecánicos y psi-

quicos no nos cuenta nada el monismo evolutivo de Darwin y de Haeckel.

¿Cuándo se convirtió en buey el asno? ¿cuándo se convirtió el caballo en buey? ¿en qué época se verificaron esos cambios tan repentinos y violentos? Vosotros los naturalistas ateos, ¿no habéis dividido el mundo en épocas y en períodos y no nos habeis dado una nomenclatura cuasi completa de tales períodos y de épocas tales? ¿no habláis á cada paso de época cenozoica, de época paleozoica y de época mezozoica: de período mioceno, de período plioceno, de período posplioceno, como habláis de terrenos ternarios y cuaternarios? Decid, pues: ¿en cuál época, en cuál terreno, en cuál período, á qué hora, en qué momento solemne de la prehistoria se verificó esa transición violenta, ese cambio repentino, esa trasmutación insólita de un buey en asno, de un asno en caballo, de un caballo en perro?

Apelais á la geología! “El registro geológico es imperfecto,” os dice el maestro: apelais á la paleontología, ella os enseña que no existen seres intermedios, requeridos para explicar la transición de un tipo á otro: apelais á las evoluciones de “protoorganismos.” Ese es un “misterio inexplicable é inexplicable”: apelais á la Arqueología prehistórica y á los monumentos históricos! Pues ni aun aquí os queda recurso alguno, porque la Arqueología confirma de modo maravilloso la verdad científica de la inmutabilidad de las especies.

Así es; porque Dios ha querido conservar esa identidad típica de la especie como para que el hombre admirara esa unidad de plan y esa concordancia de las obras divinas, testimonios elocuentes que á las claras manifiestan que si la naturaleza es un artefacto, Dios Creador es el Supremo Artífice.

Mientras el honorable señor Secretario Perpétuo del Colegio de Médicos se conforma con afirmar que es doctrina científica la hipótesis transformista, sin aducir á favor de su tesis un “solo hecho” que manifieste siquiera la “posibilidad de una mutación de un tipo en otro,” cuando tal procedimiento es de necesidad absoluta en ese sistema del positivismo que apenas admite la realidad material del mundo y parte del hecho para volver al hecho encerrándose en el círculo de una mecánica eterna; mientras el doctor Razetti filosofa por su cuenta y se allana el camino dejando á un lado la observación y la experiencia, la doctrina contraria amontona fenómenos observados que son como un dato racional que le dan, á la vez, carácter de verdad científica.

Consta perfectamente porque bien se ha averiguado, no á la ligera, sino con profunda y paciente investigación, que los “animales y plantas” descritos por Aristóteles, más de “dos mil años” hace, son “idénticos” á las especies que actualmente existen; que en las ruinas de Herculano y Pompeya sepultadas hace mil

ochocientos años se ha encontrado una colección de “concha” y unas vasijas llenas de “castañas,” “aceitunas” y “nueces” que en “nada difieren” de los ejemplares que hoy poseemos: que la parte meridional de la Florida formada de una acumulación de zoófitos presenta el raro fenómeno de que si se comparan los “zoófitos que han formado los bancos más recientes con los que formaron los primeros,” después de “doscientos mil años” [si el cálculo no engaña], entre unos y otros no “existe diferencia alguna;” que en Hohenhausen “el pino silvestre, el roble, la encina y el avellano en sus dos variedades” (formas vegetales pertenecientes á una edad anterior á la nuestra) no “difieren tampoco de las mismas especies” que crecen hoy.

Estos hechos observados por Pozzy y Agasiz demuestran que la especie no se transforma y que ha permanecido siendo la misma en medio de los cambios y revoluciones del Globo.

Si á estas observaciones añadimos que el mismo Darwin comprobó que “el esqueleto de los animales no ha sufrido cambio alguno desde la época glacial,” que “los animales, las plantas y los granos” encontrados en los hipogeos de Egipto no han presentado “caracteres de diferenciación específica,” comparados con las especies existentes hoy, se llegará á concluir que es evidente esta conformidad de los hechos con las leyes generales de la naturaleza, y que una admirable unidad reina en medio de una prodigiosa variedad atestiguando la certeza racional de un dogma profesado por hombres reconocidamente sabios: “la inmutabilidad de las especies.”

Examinada queda, á la luz de una razón imparcial y justa, la hipótesis darwiniana de la transformación de las especies, y del ligero y rápido estudio que hemos hecho se deduce: que si la teoría selectiva de Darwin no contradice abiertamente las enseñanzas del Hexámeron mosaico, no se aviene, no se compadece con los datos y conclusiones de la ciencia.

No es pues, la fe, no es pues, la Biblia la que no acepta la trasmutación de las especies; es la ciencia, sí, señor, la verdadera ciencia, porque tal hipótesis no tiene fundamento alguno racional.

## **El Monismo Evolutivo**

### **V**

Asentada sobre un principio fantástico é imaginario la hipótesis darwiniana de la trasmutación de las especies, y vista su insuficiencia doctrinal para alcanzar el elevado rango de concepción racional, hemos llegado á otro nuevo y fundamental pro-

blema que propone y resuelve á su manera, no ya tan sólo el transformismo evolutivo, sino el señor Catedrático de Anatomía humana, cuya ligereza en asunto de tan vital importancia es poco menos que disculpable, pues el doctor Razetti no es un joven que á la diabla puede escribir y disparatar, sino un hombre de madura reflexión capaz de darse cuenta de las consecuencias buenas ó malas de sus actos de pensador intelectual y de las tremendas responsabilidades que tales actos le acarrean en el orden moral, como individuo que forma parte de la gran colectividad humana.

Este nuevo problema es el del origen del hombre, que al decir del doctor Razetti procede en línea recta de un "mono antro-poide." Se le crispan á uno los nervios, se le hiela á uno el corazón y se le enfria y se le pasma á uno el alma, al leer confesiones tan categóricas de ateísmo árido y brutal.

No entiende el honorable compatriota que predicando tales doctrinas, sembrando tales enseñanzas y aventando tales ideas á los vientos de la publicidad, cuya únicamente es la responsabilidad de los jóvenes que se perviertan y de las almas que se corrompan.

¿A dónde va á parar ese hombre educado sin Dios? ¿qué habrá de ser de una generación de ateos que ha de buscar su origen en los fangales en que se revuelca un asqueroso animal y que ha de tener por término, lógico es, el de ser un átomo agitado eternamente por la ley ciega y fatal de una mecánica inconsciente? ¿no ha pensado el estimable Doctor que franqueadas todas las barreras en el orden moral las pasiones humanas vendrán en tamulto, y arrancarán de cuajo toda noción de deber, y minarán por su base el orden social existente, y convertirán en girones de vergüenza pública las puras glorias de la civilización cristiana, y mancharán de légamo impuro y corrompido los ríos de que brotan hermosas las corrientes de la vida humana, y alentarán la prostitución y el crimen y pasarán cual trueno apocalíptico haciendo ruido de catástrofe inmensa en la agonía final de la humanidad engrandecida con los títulos de su gloria y las credenciales de su origen divino? ¿no ha reflexionado el empedernido compatriota que por estas vías de ateísmo desembozado el hombre camina á tientas sin saber de dónde viene ni para dónde va y que, cansado de peregrinar por el mundo, jadeante y sudoroso de tanto ir y venir y no viendo término final en que haya de hacer estación, porque, viajero universal, judío errante de la historia, vagará sin rumbo llevado por las oleadas del tiempo y arrastrado por una evolución peremne, sin esperanza de premios y sin temores de castigo, habrá de acabar con una vida llena de agitaciones y tormentos, entrando por las puertas del suicidio á las antecámaras de la eternidad? No se ha dado cuenta el señor Vicerrector de la Universidad Central que así se enlodan los cetros de la dignidad humana y que el hombre baja y desciende de las alta-

cumbres de su grandeza moral hasta confundirse con las miserias del polvo en que ha dejado sus huellas este hijo del cielo, este noble y generoso desterrado que suspira por su patria, como un peregrino por la suya, y que busca su felicidad más allá del misterio sombrío de las tumbas y de la silenciosa lobreguez de los sepulcros? No ha meditado el estudioso profesor en las altísimas consecuencias que entraña para la humanidad histórica ese problema del origen primero del hombre y de su destino final acá en la tierra? Si todo ha de fenecer, y si todo ha de acabar: si á la inmensa necrópolis hemos de ir, queramos que no, así mezclados y confundidos todos: los buenos y los malos; los santos y los perversos; los puros y los deshonestos; los héroes que se sacrificaron por la Patria y los traidores que la vendieron; si en confusión y en desorden anda ahora el mundo moral, ¿será posible que así sea siempre y que no haya algo que ponga en orden tanto desorden y tanta confusión, discerniendo lo bueno de lo que es malo, lo que es vicio de lo que es virtud, lo que es verdad de lo que es error y sancionando un código de moral altísima ante las miradas atónitas del hombre? Creerá de buena fe el señor Catedrático de Anatomía humana que realmente no existe una justicia inmaculada que al llegar á su término las agitaciones, á las veces apacibles y á las veces tormentosas de la humanidad, selle el proceso de sus peregrinaciones, resolviendo el problema final con sólo una palabra de eterna resonancia en las profundidades de la conciencia humana. Si á la consideración de estas grandes verdades se hubiera dado el doctor Razetti, su puma no habría corrido con tanta precipitación sobre el papel y sus negaciones tan radicales y absolutas no habrían chocado con todo un orden de verdades morales que le salen al paso para atajar las funestas consecuencias de su ateísmo desnudo y vergonzante.

Ahora vamos al problema.

¿Prueba, siquiera sea verosimilmente, el monismo evolutivo la descendencia "simia" del hombre? ¿alguna experiencia, alguna observación tiene á su favor la nueva tesis del transformismo llevado por Darwin y sus factores hasta las últimas consecuencias de un materialismo francamente exagerado?

Como siempre: los hombres de la falsa ciencia, los que llevan en los labios la palabra de la negación asientan aprioríticamente verdades y conclusiones que á las veces no tienen ni carácter de pura hipótesis mucho menos de dogma científico y de doctrina racional.

El monismo evolutivo es causa ya juzgada, pues si en los reinos inferiores no se ha dado un solo caso de transformismo, ni la teoría darwiniana ha presentado un solo ejemplar de una especie convertida en otra á fortiori, se puede concluir que el hombre en modo

alguno procede de un mono, ni por filiación ni por herencia, pues si no se ha demostrado lo menos, imposible que se demuestre lo más.

Demos por sentado la existencia de aquel organismo primitivo que Haeckel bautizó con el nombre de "cytodas" ó "gimnocyto-da;" que de estos "cytodas" primitivos, por condensación del plasma ó separación de la membrana envolvente, proceden los "lepcytodas;" que estos por diferenciación del núcleo central y de la sustancia celular periférica, hayan dado origen á los "gimnocyta" y que éstos á su vez hayan producido los "lepcocyta," células provistas de núcleo y de membrana.

Hé aquí á Haeckel hablando como testigo de vista y ciencia, cual si hubiera presenciado la aparición de aquella "mónera" tan sencilla y tan impalpable que era propiamente un "organismo.....sin órganos." De este principio "impalpable y sencillo", pudiéramos decir, parte el monismo evolutivo de Haeckel y de Darwin, y tal hipótesis vacía y desnuda de sentido, se quiere hacer pasar como tesis ya demostrada en el dominio de la investigación científica.

¿Cómo apareció la "mónera" haeckeliana? Por "generación espontánea," afirma el discípulo de Darwin, poniéndose en abierta contradicción, no sólo con los más sabios cultivadores de las ciencias naturales, sino hasta con el Dr. Ruzetti, quien después de asentar que la "ciencia en absoluto niega la creación" dice á renglón seguido que esa "ciencia niega también, [así en absoluto], la generación espontánea de los organismos superiores."

Si hemos de emitir nuestra opinión nos declaramos en favor de Haeckel por ser más lógico y más racional; porque de no admitir el acto creador, se impone en consecuencia, la generación espontánea y el *tertium non datur* de Virchow tiene su razón de ser: "ó Dios Creador, ó generación espontánea, sin necesidad de una Primera Causa."

Sí, pues, la "ciencia niega en absoluto la creación;" si "niega en absoluto la generación espontánea de los seres superiores," caemos de llano en plano en un extremo contrario: el mundo material es una mentira, y una ilusión los fenómenos del orden natural: pasamos de lo fenomenal á lo ideal, del positivismo-materialista al idealismo absoluto.

Volviendo á la "mónera" primitiva, y aun concediendo que por "generación espontánea," ó por "selección natural" haya producido los organismos pertenecientes á los reinos vegetal y animal, ¿cómo esa "mónera," ese "organismo sin órganos" tuvo conciencia de su "yo" y pudo producir el alma racional y los distintos y variados fenómenos del orden moral? ¿cómo imprimió en el hombre la vida del pensamiento, si ella no sabía ni tenía conciencia de sus actos? ¿cómo esa "mónera,"

automático regido por las leyes de una mecánica pudo dar al hombre el raro privilegio de esa facultad tremenda llamada la libertad moral? esa súbita transición de lo material á lo psíquico, ¿cómo se explica con una “mónera” sin conciencia?

Suponiendo ahora lo insuportable: que la tal “mónera” por gradaciones sucesivas haya llegado á ser un “mono” y que éste, en fuerzas de admirables transformaciones haya llegado al estado de “hombre” (sin alma racional, eso sí), ¿en dónde están las series de “tipos intermedios” que hagan constar de manera cierta é indiscutible el paso del mono al hombre? si los “archivos naturales de la Geología son como memorias ‘mal observadas’ para servir á la historia del mundo” [Darwin]; si “los tipos genéricos y específicos son tan caracterizados y tan distintos, como los de nuestros días” (Contejan, libre-pensador); si “del mono al hombre se ha pasado por ‘un camino desconocido’, siendo ‘la distancia’ que hoy los separa ‘un abismo’ ” [Huxley, entusiasta defensor del monismo]; si “no ‘conocemos especie alguna de mono que sirva de tránsito á la nuestra” (Conestrini); si “el cerebro del hombre, tanto por la mole como por la forma de sus circunvoluciones, “se distingue de cualquier cerebro de mono, y mucho más de los otros animales” [Moleschott, materialista]; si “son ENORMES LAS DIFERENCIAS que existen entre el cráneo de un hombre y el de un gorila” [Huxley]; “si el desarrollo de las circunvoluciones de la masa cerebral en el hombre se verifica en sentido inverso al desarrollo de esas circunvoluciones en el mono”; si las circunvoluciones frontales aparecen y se desarrollan en el hombre antes que las ténporo-esferoidales, precisamente lo contrario de lo que sucede en los monos” (Gratiolet); si el hombre, por su formación orgánica, es un animal “andador,” y el mono un animal “trepador,” es charlatanismo puro pretender que sea doctrina científica la descendencia “simia” del hombre; es fingir poéticamente, á vuelta de gratuitas aseveraciones, lo que realmente no se cree, es hablar en nombre de la ciencia un lenguaje que ella no habla, queriendo hacer pasar cual dogma racional lo que es llana y sencillamente “sofistería científica.”

Esta doctrina del monismo, como aquella del transformismo de las especies vegetal y animal, no tiene fundamento alguno, pero ni siquiera tiene á su favor la convicción honrada de sus mismos factores, que niegan por el prurito de negar, según confesión de ellos mismos estampada en libros, en folletos y en discursos que á las claras revelan cuán grandes y profundas son estas dolencias del corazón humano.

Escuchemos la confesión, escuchemos al honorable compatriota cuya palabra es como el eco tardío de esos pseudo-sabios en el zón de los cuales echó raíces profundas el orgullo humano,



pasión innoble que ha sembrado ruinas y catástrofes en las grandes realidades de la historia.

Hablan los más autorizados corifeos de la falsa ciencia contemporánea, y con cinismo tan desvergonzado que no puede uno sino dudar de la sinceridad de tales autores, mal llamados sabios:

“Nosotros, Buchner, Rossmassler, Vogt, Burmeister, Moleschott, Hæckel y Consortes, declaramos: que no sabemos si la materia es eterna, pero sin duda alguna debe serlo, porque tal es nuestra voluntad, pues no queremos tomar parte en el concierto con que la humanidad proclama la existencia del Creador.”

No hemos leído declaración más categórica, y lo afirmado por estos hombres es más que suficiente para echar por tierra esa fatuidad científica de una materia eterna, que movida por las leyes de una mecánica, ha producido grandiosas armonías en el mundo físico y admirables concordancias en el mundo moral de la conciencia.

Esto nos recuerda la confesión de aquellos DOSCIENTOS sabios naturalistas ingleses que afirman unánimemente que la palabra de la Biblia no está en contradicción con la palabra de la ciencia.

Asienta el señor catedrático de Anatomía humana que el fenómeno de la embriogenia no tiene explicación, si no se acepta esta teoría del evolucionismo proclamada por Darwin y seguida después por Hæckel.

¿Pretende el distinguido doctor sostener el paralelismo ontogéntrico y filogenético de que partía Hæckel para dar carácter de verdad científica á la hipótesis materialista?

Y bien: los fenómenos de la embriogenia, variadísimos y complicados, ¿se han estudiado ya en todos sus pormenores, hasta el grado de que cada afirmación biológica sea una afirmación de certeza racional? ¿se han podido apreciar todas y cada una de las diferencias que presenta el embrión en cada una de sus facetas y en cada una de sus evoluciones? si no existen tales diferencias, como enseñan los darwinistas, ¿es tan cierto y tan real el hecho que no pueda percibirse alguna en un tiempo dado, auxiliado el ojo del hombre con mejores medios de observación?

Es cosa averiguada que la primera evolución del huevo consiste en la formación de la envoltura blastodérmica que corresponde á la piel del nuevo animal; pero ya Coste, reconocido como padre de la embriología, afirma textualmente: “en esa envoltura blastodérmica descúbrese muy pronto ‘una línea primitiva ó vertebral, de la cual los animales inferiores no presentan vestigio alguno’; y eso es precisamente lo que hace que esas semejanzas embrionarias no puedan tener jamás el carácter de identidad” y que, sin perjuicio de entrafar la idea evidente de un plan ge-

neral, común á todos los seres. “excluya á la vez la posibilidad de una transformación bajo la influencia de agentes exteriores.”

Demos ahora por sentado que realmente no existen esas diferencias embrionarias y “que el embrión de los reptiles, de las aves y de los mamíferos es igual en su forma y estructura en los primeros tiempos de su desarrollo.”

Convenido; pero aquí hay un fenómeno inexplicable en esa teoría. ¿Por qué el huevo de un “ave” no “produce sino aves,” y el de un “reptil, reptiles,” y el de “un mamífero, mamíferos?” Si los huevos, si los embriones son iguales, son idénticos, ¿por qué “las aves no producen mamíferos, ni reptiles”; por qué “los reptiles no producen aves ni mamíferos,” y por qué los “mamíferos no producen aves ni reptiles?”

Por qué? Vosotros no queréis confesarlo, es que en esos huevos, en esos embriones hay “algo” que no cae bajo el dominio de la observación, algo que escapa á la investigación experimental, algo á que no alcanza el bisturí de los cirujanos ni la fuerza de los microscopios: ese “algo es la vida que de ninguna manera es producto de las llamadas fuerzas químico-mecánicas y que pone de manifiesto, y que demuestra evidentemente la necesidad de una Primera Causa Creadora y la futilidad de la hipótesis transformista.”

El hombre, pues, viene directamente de Dios: tal es la credencial de su grandeza y el título de su gloria: y por lo mismo que viene de Dios, debe ir hacia Dios.

En la filosofía cristiana, en la tesis católica, en las enseñanzas de la Iglesia tan sólo tiene explicación ese gemir inmenso de la humanidad por su “Patria permanente” que es el Cielo.

Ese origen “simio,” esa descendencia del mono, esa procedencia de un “antropoide,” esa filiación por herencia de una “mónera,” le degradan, le deprimen, porque él tiene más altas miras y más elevados fines.

El mismo señor Catedrático de Anatomía humana no cree en tales perogrulladas, porque bien sabe que “el mono desde que nace hasta que muere...mono se queda” y que es muy cierto aquello que dijo Virchow, transformista exagerado: “No podemos enseñar, no podemos proclamar como una conquista de la ciencia que el hombre descienda del mono ó de cualquier otro animal.”

## OJEADA GENERAL

### VI

Traídos á discusión los principios y doctrinas de la evolución ateo-materialista, hemos visto cuán vanos y fútiles son sus

fundamentos y cuán destituida anula la tal enseñanza transformista de base absoluta y racional para exigir el asentimiento de los espíritus.

Declaradas sin valor científico la metafísica y la moral y echada á un lado la revelación con su tesoro de verdades sobrenaturales; negado el orden cristiano, y de Dios abajo todo puesto en tela de juicio y de combate, quedaba tan solo una materia eterna y hechos y fenómenos sensibles, cuya existencia y cuyas leyes han de averiguar, no los teólogos, sino los químicos y los botánicos, los biólogos y los físicos, los fisiólogos y los mecánicos, porque es tal el engrandecimiento de la razón enemiga de Dios y divorciada de la fe que ha podido revelarnos todo: la existencia del humilde hisopo y la del robusto cedro, la de ese polvo cósmico que se llama el átomo y la de la nebulosa que se condensa para formar la maravilla de los mundos astronómicos; y esto por el sencillo mecanismo de una "mónera," de un "protoorganismo," que los hombres de la falsa ciencia, sustituyen fácilmente á Dios.

Este mundo sensible, este mundo material, estos fenómenos y estos hechos no se explican sino por el método experimental y de observación directa, guía experto y seguro para alcanzar el conocimiento de la verdad.

Y cosa inaudita! Y fenómeno raro en la historia de la ciencia! Cuando se ha debido *experimentalmente* comprobar la certeza de la tesis transformista y aducir observaciones directas á fin de poner de manifiesto la incompatibilidad de la Biblia con la nueva investigación y echar por tierra los dogmas y fundamentales enseñanzas de la Iglesia, la experiencia y la observación se hicieron sordas, el método positivista enmudeció de vergüenza y el autor de la conferencia se encontró en un castillo de afirmaciones gratuitas y de negaciones sin pruebas.

¿Qué especie vegetal ó animal se ha transformado en otra? ¿qué serie de tipos sirvieron de intermedio á esta transmisión? ¿cómo el mono llegó á ser hombre; y antes como la "mónera" llegó á ser mono? ¿cómo apareció la vida en el mundo? Para todas estas cuestiones, "para todos estos problemas de grande y vital importancia, la falsa ciencia no responde sino guardando silencio profundo ó haciendo una mueca de suprema ignorancia.

Ahora: ¿puede el darwinismo dar solución satisfactoria á cada una de las cuestiones que se agitan en el orden natural? ¿cómo han juzgado los sabios, aun los más adeptos, esta teoría del transformismo materialista? ¿qué han enseñado esos mismos autores?

Si el transformismo se ha juzgado á sí mismo; si del valor doctrinal de sus afirmaciones dudan hasta los que son sus admiradores y parciales; ¿por qué ese empeño del doctor Luis Razetti en ataviar con mantos de filósofos á Darwin y á Haeckel y con ca-

racteres de verdad científica sus hipótesis materialistas? ¿creará el señor Catedrático de Anatomía humana que él nomás está al tanto del movimiento del siglo y que sus palabras han de tenerse como la última revelación de la Ciencia?

Posible es que así sea; pero los hombres, aun los superiores, aun los de primer orden, aun los que viven á cien codos sobre el nivel de los demás, no atesoran todo caudal de verdades ni nunca han podido ser oráculos únicos del porvenir.

Lo que quiere decir que sí hay otros hombres que pueden juzgar del valor de un sistema, analizarlo en sus principios y en sus últimas deducciones y formarse de tal sistema un concepto más ó menos cabal.

Nuestro compatriota desgraciadamente se deja llevar por ese espíritu de presunción científica, y de ahí que se le vea siempre condenar en nombre de la ciencia lo que él nomás condena y relegar al olvido nombres ilustres calificándolos de espíritus superficiales y retrógrados.

Y habla de dogmas de condenación de doctrina, sin saber ápice de estas cosas, para el estudio de las cuales se necesita nada menos que una constante vigilia y un estudio perseverante y profundo de esas altísimas disciplinas en que el entendimiento no puede entrar á velas desplegadas, porque lo más factible es caer y naufragar.

Oreemos que el doctor Razetti es un médico distinguido, un literato de rica imaginación y un fisiólogo de altos vuelos, pero de ahí no habrá de pasar, porque en nombre de la Iglesia no se dan enseñanzas fácilmente.

No se explica uno ese afán del ilustrado compatriota de querer desecristianizar á la juventud que se educa en las aulas de la Universidad, como si la fe fuera realmente un estorbo que se ha de echar á un lado para poder ampliar los horizontes del saber humano. Y en nombre de la Anatomía niega descaradamente á Dios, y en nombre de la Biología niega el origen divino de la vida, y en nombre de la Mecánica proclama la existencia dogmática de una materia eterna en eterno movimiento.

La libertad de este señor Profesor en su cátedra de anatomía humana ha franqueado todo límite y ha salvado toda barrera, haciendo de la Religión el blanco de sus ataques y el objeto único de sus negaciones.

Misión satánica la de este compatriota nuestro!

Cómo quiere él que no haya en la conciencia humana un lugar siquiera para Dios! Cómo quiere él que el hombre viva sin religión, sin ley moral alguna á que sujetar sus acciones debiendo, á consecuencia, revolcarse en el fango, hundirse en las profun-

tidades del vicio y arrastrarse por el lodo como inmundo animal que no tiene otro destino que saciar sus apetitos y dar rienda suelta á sus pasiones!

Es como decir: "¿quieres matar? Mata.—Dios es una mentira—¿Quieres robar? Roba.—No hay ley que te lo prohíba. ¿Quieres ser deshonesto? Sélo. La moral es una paradoja. ¿Quieres rebelarte contra el Gobierno? Rebélate. Los Gobiernos son tiranos. ¿Quieres incendiar? Incendia. Tú no eres sino una máquina que puede destruir y á las máquinas nadie las castiga. ¿Quieres acabar con el orden social? Acaba. Tus instintos de bruto no tienen límite alguno. ¿Quieres violar la fidelidad conyugal? Viólala. Tu mujer es una cosa, una materia vil y una infamia las leyes del honor. Sacia tus pasiones de animal y haz todo aquello que te venga en mientes hacer: ¡tú no eres libre, no eres responsable: al que obstruya tus pasos por el mundo, pégale un tiro ó clávale un puñal y gózate en la agonías de tus víctimas."

Hé aquí un programa que hará las delicias del doctor Razetti y que tarde ó temprano, cuando se revele á la luz de un acontecimiento ó de una realidad contemporánea, hará figurar su nombre entre los más grandes propulsores del progreso humano llevado á su término final por los hombres de la dinamita y el puñal!....

Sí, maestro! Aquí tiene usted á estos monos transformados, á estos animales sin cola, á estas máquinas regidas por las leyes de una mecánica pasando el rasero á todo y realizando el ideal de la humanidad!....

Lógico; porque oscurecida en el alma la noción de Dios, la voz del deber se acalla y ruido sordo, atronador, hacen las pasiones en las profundidades del corazón humano.

Lógico; porque sin religión y sin moral la sociedad humana descende y la familia se acaba asfixiada por una atmósfera de corrupción y de vicio.

Lógico; porque á ese hombre sin libertad, no lo afectará nunca la responsabilidad moral de sus actos.

Y ¿adónde iremos á parar? ¿adónde irá esa sociedad sin Dios, esa familia sin Dios, ese hombre sin Dios? ¿qué progreso humano habrá de realizarse, si Dios no va á la cabeza de la humanidad, si El no alienta con su soplo las nobles aspiraciones de la conciencia humana? si las agitaciones del hombre no han de tener un término, ¿por qué se inquieta buscando un ideal que nunca ha de alcanzar y se desvive solicitando una perfección moral, á las veces con heroicos esfuerzos, y á las veces con innúmeros sacrificios, si mañana su nombre y su memoria se perderán en el recuerdo de las generaciones, ya que él, miserable polvo cósmico, habrá ido á la nada á flotar como átomo perdido en la

evolución de una materia eterna regida por la ley fatal de una mecánica inconsciente?

Estas nuevas teorías de Darwin, ¿tienen algo de sólido y verdadero, ya en el orden de la pura investigación científica, ya en el orden de las verdades morales que abrazan la vida entera del hombre? ¿resuelve ese monismo los arduos y trascendentales problemas que se agitan en el fondo de la conciencia humana.

Escuchemos el testimonio de los más parciales adeptos del transformismo materialista, y se verá con cuánta sinrazón exhibe el señor Catedrático de Anatomía humana á los fundadores de esa escuela como los más profundos pensadores y los más altos filósofos del mundo intelectual.

Si los mismos transformistas no creen en la verdad científica de la teoría evolucionista, ¿por qué hemos de creer los demás? ¿por qué hemos de relegar al olvido los títulos de nuestra grandeza primitiva?

Estos testimonios son decisivos, forman uno como círculo cerrado que deja muy mal parada esa causa del ateísmo-materialista.

Sí, porque *“la marcha de la formación de los primeros organismos es un verdadero enigma que probablemente jamás llegará á resolverse. Confesémoslo francamente: nuestras observaciones positivas no nos ponen en estado de formarnos UNA IDEA EXACTA de la primera creación organizada.”*—(Barmeister.)

Sí, porque *“no se conoce un hecho positivo que pruebe que una masa inorgánica, aun la de la Sociedad Carbón y. Compañía, se haya transformado jamás en masa orgánica.”*—(Virchow.)

Sí, porque son dignas de *“odio las conclusiones aventuradas y las deducciones sin lógica que se nos han querido imponer como dogmas irrefutables, dogmas que se aceptan muchas veces, sin querer profundizarlos.”*—(Carlos Vogt.)

Sí, porque *“uno de los más hermosos títulos de gloria de la Sociedad Alemana de Antropología, será en lo porvenir no haber perdido de vista la razón en una época en que las oleadas del darwinismo llegaban á su punto culminante. Raramente habría habido época en que cuestiones de tan grande importancia hayan sido tratadas de un modo tan superficial y hasta insensato.”* [Virchow, en el Congreso de Francfort.]

Sí, porque *“en ese lienzo de la vida está trazado el dibujo ideal de una organización todavía invisible para nosotros que ha asignado á cada elemento su lugar, su estructura y sus propiedades. Allí donde debe haber vasos sanguíneos, nervios, músculos, huesos, etc., las células embrionarias se cambian en glóbulos de sangre, en tejidos arteriales, venosos, musculares, nerviosos y óseos, la organización primero vaga é indicada meramente, se*

perfecciona por su remate en el detalle cada vez más acabado.—  
[*Claudio Bernard.*]

Sí, porque “acerca del punto de unión del reino orgánico con el inorgánico, debemos sencillamente reconocer que en realidad nada sabemos.”—[*Virchow.*]

Sí, “porque desgraciadamente ese árbol genealógico [el de Haeckel y el de Darwin] tan completo, tan bien cuidado, tiene un pequeño defecto nada más, semejante al del caballo de Rolando: carece de realidad completamente, como de vida el caballo del paladín. Todos los grados están constituidos por seres imaginarios, de los que jamás se han encontrado huellas, porque, sin embargo, deben ser considerados como enteramente reales, porque si no se les ha hallado, se hallarán más tarde, ó bien su organización era de tal modo que no podía conservarse en las capas de la tierra.”—[*Carlos Vogt, “Revue Scientifique.”*]

Sí, porque “aun cuando la teoría no nos parezca fundada en ‘suficiente número de hechos y en razones concluyentes para que la tengamos por cierta,’ es por lo menos una teoría importante, á la cual no se debe olvidar, ‘con la condición de no perder de vista su carácter incierto é hipotético,’ mientras no se amplíen los descubrimientos” [Jean d’Estienne, “Revue des questions scientifiques”.]

Sí, porque “el darwinismo ‘puede ser verdadero’ aplicado á la Zoología ó Botánica; pero en Antropología no tiene en su favor un solo hecho.”—[*J. Huxt, Presidente de la Sociedad Antropológica de Londres.*]

Sí, porque “los árboles genealógicos de Haeckel tienen á los ojos de la ciencia, poco más ó menos, tanto valor como el que tienen á los ojos de la crítica, los árboles genealógicos de los héroes de Homero.”—[*Bois Raymond.*]

Sí, porque “aun cuando la ciencia llegase á, explicarnos con todos sus detalles, como han debido operarse todas estas transformaciones, apoyándose sobre un conjunto de hechos auténticos y decisivos, siempre faltaría la última palabra de la cuestión. La evolución, por medio de la que se llegaría así á explicar todas las cosas, sería ella misma un misterio inexplicable con los principios de la escuela mecanista. ¿Cómo la evolución ha podido hacer salir de la materia seres que tienen otras propiedades? ¿Cómo ha podido obrar estos milagros de efecto sin causa? La filosofía mecánica se agota con sus hipótesis ingeniosas, y el misterio de las transformaciones de la vida universal permanece cada vez más impenetrable. Aquí se manifiesta evidente la impotencia de las ciencias físicas y naturales y se deja conocer la imperiosa necesidad de buscar en otra parte la clave del enigma.”—[*M. Vaucherot, “Revue des Deux Mondes.”*]

Sí, porque “esta teoría [la darwinista] deja sin exp l’o

infinidad de cosas, no solamente extremos de importancia secundaria, sino verdaderos puntos capitales y cardinales, indicando soluciones futuras, más bien que presentándolas en la actualidad.” —[*Federico Strauss.*]

Sí, porque “el sistema haeckeliano carece de base sólida, constituido como está sobre hipótesis y sobre dogmas.” —(*Semper.*)

Denunciado se ha el darwinismo; y al valor doctrinal de tales autoridades y de tales hombres sabios ¿qué autoridad científica podrá oponer el señor Catedrático de Anatomía humana? ¿cómo niega el valor excepcional de estos testigos nada sospechosos de catolicismo?

Si por confesión de sus mismos adeptos, de sus mismos parciales, la teoría darwiniana descansa sobre fundamentos hipotéticos, ¿á qué revestirla con mantos de verdad racional y con caracteres de doctrina científica?

Juzgada por los transformistas más exagerados la causa de la evolución materialista, cabe preguntar:

¿Será dogma científico la hipótesis darwiniana?

¿Será verdad absoluta la transformación de las especies?

¿Será doctrina axiomática la descendencia *simia* del hombre?

¿Será cierto que procedemos de un mono?

A los lectores toca decidirlo.

---

## A Pepe Coloma <sup>[\*]</sup>

*Multa renascentur (Hor.)*

A lo que pudiéramos escribir de nuestra cosecha, en obsequio de este notabilísimo escritor en materia de ciencias morales, sustituimos los siguientes párrafos sobre el darwinismo, traducidos del Preámbulo [1] de una obra debida á la colaboración de 33 escritores franceses de primer orden.

*Ricardo Ovidio Limardo.*

Julio de 1904.

---

[\*] A mayor abundamiento insertamos el presente artículo, que viene en apoyo del brillante trabajo publicado por *Pepe Coloma* sobre el “Origen de las Especies.” —*Nota Editorial.*

[1] Esta obra dedicada á Su Santidad León XIII, se intitula *UN SIÈCLE. Mouvement du monde 1800 á 1900.* Contiene tres partes que versan respectivamente sobre el movimiento político y económico, el intelectual y el religioso. El Preámbulo es de M. Eugene Melchior de Vogüe, de la Academia Francesa.



“El positivismo científico reservaba tanto á sus adversarios como á sus adeptos, asombros que habrían quizás consternado á los enciclopedistas, si estos precursores hubiesen podido adivinar el término de la vía en que ellos lanzaban al espíritu humano.

“Cuando los filósofos proclamaban la soberanía de la razón y su emancipación de las antiguas tutelas, era contando con el progreso indefinido de los conocimientos para consumir la ruina de las viejas nociones teológicas y de las tradiciones políticas y sociales que les desagradaban. Libre y desdénfosa de toda traba, embriagada con su fuerza crítica, esa razón quiso experimentarse en todos los dominios: ya hemos dicho de que modo abandonó ella las especulaciones abstractas para consagrarse al estudio de las ciencias positivas. El éxito que en ella encontró pareció justificar desde luego su desprecio de las añejas tradiciones. La “Razón,” como ella se llamaba á fines del último siglo; la “ciencia,” como prefirió llamarse cincuenta años más tarde, concibió así un orgullo desmesurado. Ella se prometió, y también nos prometió, satisfacer todas las necesidades, calmar todas las angustias del hombre y reemplazar las religiones que ella misma destruía. Por una reacción inevitable, los que le negaban ese poder fueron arrastrados á discutir y á veces á desconocer las adquisiciones sólidas en que ella se lisonjaba de fundarlo. Ellos pudieron ser tachados de frialdad y de ingratitud hacia la dispensadora de tan incontestables beneficios.

“Pero tales errores no podían durar. Las ganancias innumerables de la ciencia iban á permitir al espíritu científico bosquejar una filosofía general, muy prudente, muy diversa de la que había alucinado á algunos fanfarrones. A medida que los resultados ciertos ó muy probables se desasían de las mezclas dudosas, iban ofreciendo luz á los sabios de buena fé y á las inteligencias lógicas en su criticismo: éstas se penetraban de la vanidad y la temeridad de los sistemas extemporáneos, basados en investigaciones superficiales, y volvían á descubrir antiguos conocimientos en las conclusiones últimas del análisis experimental. Qué sorpresa! Esas conclusiones se acercaban á las verdades tradicionales, cuando no las confirmaban expresamente. El sociólogo positivista, el fisiólogo, todos los observadores desinteresados de la naturaleza y de la vida, volvían por un largo rodeo á las viejas tiendas abandonadas al principio del viaje de exploración. Ellos conservaban su terminología profesional, es verdad, y posible había sido equivocarse tocante á la identidad de tendencias entre ellos mismos y los antiguos dogmatistas que se servían de otras palabras: habríaseles tenido por dos pueblos que pensaban de la misma manera sobre los mismos objetos, sin tener conciencia de ello por hablar dos idiomas distintos.

“Determinismo” [2] dicen nuestros filósofos: y cuando se les lleva á lo más arduo de ese problema, entonces dan soluciones en que desde luego se descubre al viejo principio de causalidad y las viejas causas eficientes, hasta el punto de que á las veces se cree oír á los casuistas del siglo XVI, ó á los jansenistas de Port-Royal, disputando sobre la gracia y la predestinación. Herencia, selección, lucha por la existencia, repiten los naturalistas; y atribuyen á esos factores esenciales los fenómenos de la vida, la duración, la decadencia y el mejoramiento de las especies y de los individuos. Un Darwin funda en medio de nuestras sociedades democráticas una doctrina aristocrática y tradicionalista por excelencia; un Renan, un Taine, llegan á lo mismo por caminos diferentes! Positivistas ó críticos, esos hombres asestan los más rudos golpes á las ficciones igualitarias, á las “conquistas de la Revolución” que se habían puesto cándidamente bajo la defensa de los sabios y de los libre-pensadores. El inagotable fondo de barbarie primitiva y aun de animalidad que desempeña un grandísimo papel en las teorías de nuestros sociólogos, ¿no es un retorno inconsciente, por una simple trasposición de vocabulario, á una explicación de nuestras miserias en la cual volveremos á encontrar la doctrina fundamental del pecado original? Los engaños de la naturaleza, los lazos que ella nos tiende para la conservación de la especie, todas esas ingeniosas hipótesis de un Schopenhauer, todo eso se llamaba en otro tiempo las tentaciones de la materia. La voluntad colectiva del universo, ¿qué otra cosa sino el *mens agitat molem* del viejo Virgilio? Y los que buscan nombres para esa voluntad oscura, hoy como hace diez y ocho siglos, ¿están muy lejos del cristiano, que la ha bautizado con el nombre: “La Providencia?”

“No es llegada la hora—así creemos nosotros—de sistematizar esos ejemplos; basta señalar algunos de los puntos en que es palpable la semejanza entre las enseñanzas tradicionales y las explicaciones científicas; y á cada movimiento de las ideas contemporáneas se descubren nuevas semejanzas en el camino á que las han llevado los directores independientes.

“El que quiera darse cuenta del camino andado, no tiene más que releer hoy ciertos pasajes proféticos de Joseph Demaistre, entre otros este muy famoso: “En el vasto dominio de la naturaleza viviente, reina una violencia manifiesta, una especie de rabia prescrita que arma á todos los seres *in mutua funera etc....*” [3] Esa página, que parecía una apuesta del oscurantismo y escandalizaba en 1820 á los hombres de progreso, se la creería escrita ayer por un discípulo de Darwin y de Pasteur.

[2] Sistema que admite la influencia irresistible de los motivos.

[3] *Las veladas de San Petersburgo*, séptima conferencia.

—Vosotros nos hacéis retroceder á la Edad Media! exclaman espantados algunos retardatarios, desolados por el renacimiento científico de antiguos principios que una pseudo-ciencia había condenado. —Ellos no carecen por completo de razón; examinad en lo que tienen de más plausible y de más acreditado las teorías recientes sobre el funcionamiento de las leyes naturales ó de las leyes sociales; y no hallaréis otra cosa que la traducción en lenguaje moderno de las conclusiones en que paraba ya su consideración un profundo filósofo, un sabio y atrevido defensor de ciertas tesis que los economistas de hoy calificarían de revolucionarios. Ese filósofo se llamaba Santo Tomás de Aquino; él enseñaba á la generación del siglo XIII doctrinas que reviven y escandalizan á los “espíritus ilustrados” y á los intereses atemorizados de fines del siglo XIX.

Así, la experimentación sabia de nuestro siglo repone en honor y sanciona las verdades acumuladas por la experiencia práctica de todas las edades. Tal es, en el orden del pensamiento el fenómeno considerable entre todos; y si el mayor interés del hombre es restablecer la paz y la armonía en su fuero interior, ese inestimable servicio de la ciencia debe estimarse en más subido precio que los caminos de hierro, el telégrafo y el teléfono.”

### ***El origen de las especies* [\*]**

Un nuevo artículo titulado con el epígrafe que se lee ha publicado el doctor L. Razetti en *El Constitucional*, de Caracas número 1.060.

A decir verdad, no contiene ninguna enseñanza ni se entrevé en él siquiera la más pequeña demostración de aquella tesis bautizada con el pomposo nombre de *verdad científica*, de que no existe sino una materia eterna en eterno movimiento; lo que no causa extrañeza, una vez que el Profesor de Anatomía humana no ha alcanzado á hacer ver, ni en éste ni en sus otros artículos, el valor doctrinal de sus nuevas afirmaciones sobre la *variabilidad de las especies*, tesis ésta que en rigor científico no se ha de confundir con aquella de la eternidad de la materia.

Abrumado el señor Catedrático por el peso de las razones que hemos aducido en contra de sus aseveraciones ateo-materialistas, viénese ahora con el cuento indigno de un hombre que al decir de él *está en el DINTEL del gran templo de la verdad*

---

[\*] Este último artículo de *Pepe Coloma* fue escrito como réplica al publicado posteriormente por el doctor Razetti en *El Constitucional* y hemos querido completar con él este folleto.—*Nota Editorial.*

(probablemente porque los sabios, más humildes, sin duda, que este señor Profesor, están en los umbrales de ese templo), viénesse ahora, repetimos, con el cuento de que la doctrina de la evolución está proclamada por un número considerable de autores [1.515] y que, en consecuencia, nosotros estamos perdidos y condenados á vivir fuéramos de ese movimiento que se observa en las corrientes intelectuales del siglo.

¿Qué pretende deducir de esto el señor Catedrático de Anatomía humana? ¿cuándo hemos negado el valor de esa teoría de la evolución contenida en sus justos límites? ¿cuándo hemos deducido conclusiones más allá de lo que permiten la investigación científica y el método experimental?

Válanos Dios! Este señor Catedrático no ha querido entender lo que ha leído de nosotros, que si nos hubiera entendido habría venido á la cuestión de fondo, y haciendo gala de erudición científica nos habría presentado, no ya uno, sino multiplicados ejemplares de transformaciones sustanciales como pruebas incontestables de sus afirmaciones *a priori* acerca de la mutabilidad de las especies, de los cambios de unas en otras; y como grandioso corolario, y como elocuente testimonio habría proclamado, partiendo de la analogía, aunque incompleta, la transformación del mono en hombre.

No vale lo mismo evolución que transformación; pues si con aquel término se nos quiere enseñar el trabajo incesante de la naturaleza en las grandes confluencias del tiempo y de los siglos, regulada por una Causa directriz que va á la cabeza de esos movimientos y á la que no alcanza el escarpelo del anatómico, con esto se nos quiere imponer el dogma *inaplicable é inexplicado* de fenómenos sin causa conocida, de hechos que no se sujetan á ninguna ley y que no tienen confirmación alguna en la experiencia, base en que se pretende apoyar la nueva enseñanza que á los cuatro vientos pregona el señor Profesor de Anatomía humana.

Y vamos á cuentas: esos 1.515 autores de nota que se complace en citar el Secretario Perpétuo del Colegio de Médicos ó de la Academia de Medicina, ¿son todos, así en absoluto, partidarios de la escuela ateo-materialista? ¿parten esos señores biólogos en sus lucubraciones científicas de la negación radical de Dios como Causa Creadora de todo cuanto existe? ¿han afirmado como el Profesor de Anatomía humana, que la "ciencia niega en absoluto la Creación?"

En el caso mismo de que así fuera, se habría de comprobar la legitimidad de tales conclusiones y la especie nueva de que sin un primer principio todos los seres, inclusive el hombre, han venido á la vida y se han desarrollado bajo la acción mecánica de una ley absurda, fatal é inconsciente.

Del hecho de que esos señores biólogos escriban en un pe-

riódico que se titula *Año Biológico* y del que tenemos á la vista muy buenos extractos, no se deduce, que la materia es eterna, que no existe Dios, que las especies se han transformado y se transformarán aún y que el hombre es hijo del mono. Del hecho de que esos señores biólogos sean evolucionistas, tampoco se deduce nada á favor de la tesis ateo-materialista que sostiene el señor Catedrático de Anatomía humana en la Universidad Central, pues que, lo repetimos aún, esa nueva teoría, hipotética ó nó, de carácter científico ó sin valor doctrinal, contenida en sus justos límites en nada se opone á las enseñanzas del Génesis ni tampoco á las enseñanzas de la Iglesia.

Esto fue lo único que nos propusimos demostrar en nuestros artículos anteriores, y lo hicimos porque el doctor Razetti se metió á dogmatizar por su cuenta haciendo papel de mal teólogo y de peor exégeta.

La tesis simplemente científica importaba poco en aquella lucha intelectual; y si impugnamos aquello de la *variabilidad de las especies*, y si lo impugnamos aún, es porque tampoco esas afirmaciones tienen valor en los datos de la experiencia y porque es ilógico y anticientífico asentar leyes sin antes conocer los fenómenos á que las tales leyes se han de aplicar.

Y volviendo á la bendita biología, pesadilla eterna del Sr. Catedrático de Anatomía humana, es bueno que sepa que tal ciencia está en mantillas; que si aún se discute sobre la manera de explicar los variados fenómenos que han dado lugar á la quimiotaxia; que si el Dr. ruso Tchermak propone para explicarlos una teoría basada en las propiedades de los torbellinos, estudiadas por los físicos por la analogía que acaso existe entre estos torbellinos y las moléculas de los seres vivientes; que si Kassowitz establece que esos fenómenos dependen de la excitación que las sustancias químicas ejercen sobre los elementos de la célula; á la vista está que tales fenómenos permanecen aún insolubles, y que, en tal caso, las teorías escogitadas hasta hoy no pueden dar razón de la variada y complicadísima serie de hechos que presentan los organismos vivos.

En ese *Año Biológico* se analizan todas estas cuestiones, y del estudio que se hace acerca de la teoría que escogita cada sabio, palpa uno como que en la ciencia moderna no hay sino contradicciones y desfallecimientos y que la verdad creída por unos es negada redondamente por otros.

Cuán cándidamente asienta el señor Catedrático de Anatomía humana que la teoría de la evolución ha llegado á ser "la base fundamental de toda una agrupación de ciencias trascendentales.... Es un nuevo dislate, porque esa ciencia trascendental es una vana utopía del entendimiento humano.

En el orden de nuestros conocimientos, en lo que acá aba-

alcanzamos á esfuerzos de pacientes investigaciones, se nos oculta siempre la verdad, y el hombre, haga lo que haga, no llegará nunca á ser el padre absoluto de una verdad, de la cual dimanen las demás, como no llegará á ser el dueño absoluto de ningún primer principio del cual se deriven los otros.

Eso está más allá; y por lo mismo que se dice *trascendental*, el doctor Razetti, sin pensarlo acaso, ha llegado á creer en *algo* que no vive en este mundo de los sentidos externos, sino que palpita y se dilata en los horizontes á que no alcanza el pobre entendimiento humano. Ni la Biología, ni la Química, ni la Anatomía, ni la Física, ni la Fisiología trasciende en sus investigaciones del orden fenomenal sensible, y es falta de lógica dar á esas Ciencias un carácter que no tienen, que no pueden tenerlo, por lo mismo que el señor Profesor de Anatomía humana se encastilla en los hechos y reniega de toda noción que tiene carácter de absoluta y que no cae bajo el dominio de la experimentación pura. Es este un *quid pro quo* en que ha incurrido el doctor Razetti, digno de tomarlo en cuenta, ya que él abomina de la metafísica, ciencia de lo *trascendental y absoluto*.

Es pueril esta confusión de los distintos ramos del saber humano, puesto que cada uno tiene su objeto propio; y venir á hablar de lo *trascendental* quien no cree sino en la materia bruta, es contradecirse manifiestamente, ponerse en lucha consigo mismo, es no darse cuenta del valor y alcance de aquel término en relación con el problema científico.

*Ex ove tuo te judico* pudiéramos exclamar aquí y dejar consignada una vez por todas la existencia de lo *absoluto*, de *algo* que es necesario buscar más allá del tiempo y del espacio, más allá de los horizontes abrumadores con la luz suave y apacible de los conocimientos humanos.

Véase, pues, que el señor Catedrático falsifica los conceptos, pretendiendo con ello dar un valor excepcional á hipótesis científicas en las que debemos creer cual si fueran axiomas de moral ó matemáticas.

Para salir del paso el naturalista-ateo nos viene con otra afirmación que nada comprueba, que no deja á salvo la verdad de su *materia eterna en eterno movimiento*: “que el Consejo de la Facultad de Medicina es evolucionista desde luego que *todas* las obras que recomienda como textos á los alumnos, están escritas por autores franceses y alemanes que son propagadores de la doctrina;” y “que no hay hoy libros buenos de biología que no sean materialistas.”

Argumento fútil! porque ello no prueba en manera alguna e todo evolucionista sea ateo, pues ya sabemos que aun en el no de la más rígida ortodoxia cabe la discusión de este nuevo

problema científico contenido en los justos límites que á una reclaman la Religión y la verdadera Ciencia.

En esto tienen los católicos la más amplia libertad cristiana y sólo puede ignorar tales cosas el señor Profesor de Anatomía humana en la Universidad Central, pues sólo él no se da cuenta de este progreso intelectual á la cabeza del cual van sabios eminentes que se honran con su título de pensadores cristianos.

Que toda obra que trata de biología es materialista! Este argumento es para los tontos, para los que creen que sólo es verdad lo que afirma el doctor Razetti! Y entre los autores que él tiene en su biblioteca y que nosotros tenemos también en la nuestra, se encuentra Cajal, que no es materialista, que no es ateo, que no ha proclamado como dogma inconcuso la negación de la existencia de Dios. Y tenemos también otros varios volúmenes en donde hemos leído más de una vez las graves discusiones á que da lugar la nueva hipótesis escogida por los sabios.

Y qué mucho si hemos leído, y á la vista le tenemos, á Claudio Bernard, el más grande de los fisiólogos modernos, cuyas enseñanzas no se borrarán fácilmente en los anales del espíritu humano! Y este hombre tan pensador y tan sabio no llevó sus conclusiones hasta el ateísmo. Era muy sabio, era muy profundo pensador para negar la existencia de la Primera Causa Creadora! Eso queda para los espíritus mediocres, para los que no llevan en el alma la visión luminosa del ideal, para los que gustan bajar á las profundidades del polvo confundiéndose con la materia bruta, antes que coronar la hermosa cima de las grandezas humanas.

El profesor ateo de Anatomía humana hace galas ahora de su impiedad radical y se le encara á Dios para decirle como el socialista Proudhon: *tú no existes*, y á los cuatro vientos pregona su profesión de materialismo desnudo y vergonzante.

Muy bien! Por esa senda se recogen algunos aplausos, se nos dicen algunos ditirambos, se nos cubre á las veces de gloria; pero el ruido de esos aplausos cesa, los ditirambos se acaban y la gloria con que nos cubrió el mundo pasa y se desvanece cuando suena en la conciencia la tremenda campanada de la eternidad y Dios pronuncia desde su solio el ¡alto! fatal que detiene al hombre en los caminos de la existencia humana. Entonces deja de correr la pluma que á sabiendas le negó y enmudecen los labios que dictaron tales blasfemias por violencia de las pasiones ó por malicia del corazón humano.

Esa hora llegará y el señor Profesor de Anatomía humana *experimentalmente* llegará á palpar la verdad absoluta de la existencia de ese Dios, cuando se vea á solas con El y su concier. Verá entonces fallidos sus cálculos, y temblará como Baltasar su festín de Babilonia, ó como Antioco el rey soberbio y desc-

lanzaré este grito que irá á perderse en la horrible soledad del alma: *nunc reminiscor malorum quas feci*.

Que siga adelante el señor Secretario Perpetuo; que siga por esa senda del descreimiento, porque de algún modo, aunque sea por los caminos del ateísmo y de la negación fría y desnuda, ha de buscar su nombre alguna celebridad y ha de conquistar algún aplauso. No le envidiamos tal gloria, ni aspiramos á tales títulos de honor.

Después de haber hecho el recuento de las materias que se ventilan en el *Año Biológico* y de decirnos que 1.515 autores son partidarios de la evolución (pero no ateos, que es lo que ha debido demostrar) *no pudo prescindir* de darnos una lección de etimología castellana, porque cometimos, dice él, “un delito de *lessa* (en bastardilla y con doble ss) de *lessa* etimología al tomar el término *monismo* como expresión de la teoría que sostiene el origen simio del hombre. Monismo es la concepción unitaria del mundo.... (mentira, esa concepción se llama *hylismo* y fue proclamada en los albores de la civilización pagana por Lencipo y Demócrito). “La doctrina monística existe en las ciencias desde 1802 y fue proclamada por Gottfried, Reinhold Trevirano, en su obra “*Biología ó filosofía de la naturaleza viva*,” (Otra mentira: Trevirano resucitó el error pagano y se hizo como el eco lejano del grosero materialismo de Lucrecio.)

“Es necesario siquiera conocer la significación de las palabras, es decir, saber leer, antes de escribir para el público; es necesario conocer siquiera el enunciado de una doctrina, antes de pretender criticarla; lo contrario es el colmo del descaro.”

Cierto, certísimo: el sabio es este doctor: el biólogo es este doctor; el gramático es este doctor; el teólogo es este doctor; por todos estos títulos se creyó autorizado para decir que era *dogma de fe* la inmutabilidad de las especies, que esto lo enseñaba la Iglesia y estaba contenido en el primer libro del Pentatéuco de Moisés.

Y desbarró en aquella ocasión y le desmentimos públicamente, porque ni la Iglesia había definido nada, ni la hipótesis científica se fundaba en las enseñanzas del Génesis.

Y le hemos demostrado que es vana utopía la existencia de una materia eterna, porque él, á pesar de su criterio intelectual, está reducido á la impotencia para hacer ver que es verdad demostrada la hipótesis de la síntesis celular.

Esta síntesis no se ha realizado, y el Profesor de Anatomía humana, aunque se valga de rodeos y subterfugios, no llegará á formar un solo organismo vivo, ni siquiera un simple protoplasma, ni siquiera un grano de polvo, ni siquiera un átomo, porque el creador no se le ha concedido al hombre que habrá de



continuar viviendo envuelto en las sombras angustas 'del misterio más allá del cual no se percibe sino un silencio infinito ...

Hizo papel de mal biólogo; porque extremó las consecuencias de la biología, invadiendo la esfera de acción de la filosofía y la metafísica y porque, cuando hizo aplicaciones de la teoría transformista, no adujo, ni ha aducido ni aducirá *un solo hecho* que compruebe la variabilidad indefinida de unas especies en otras. Y ahora hace papel de mal gramático y de pésimo filólogo, pudiendo aplicarle aquel aforismo latino: *multi utroque claudicant pede*.

Cuando hablamos del *monismo evolutivo* de Haeckel dijimos que el Profesor de Jena lo *reducía todo á la mecánica de los átomos*, verdadero concepto de aquella teoría y que es, más ó menos, el mismo que le da el señor Catedrático de Anatomía humana. Miente, pues, el doctor Razetti al hacernos decir lo que no hemos dicho, así como él lo dice y lo afirma, pues si hicimos aplicación de aquel sistema al origen *simio* del hombre, ello está en lógica, está en razón, porque si ese término *monos* en cuanto á su estructura material vale *uno solo*, no así en cuanto se toma como aplicación á la teoría moderna, porque entonces no es otra cosa que *una forma especial del materialismo, un complemento del transformismo*, como correctamente se expresa Hamard.

Es más: como Darwin no negó de llano en plano en su primer libro la creación divina del hombre, pues que no hizo á éste aplicaciones de su sistema, Haeckel fue más lejos y pretendió explicar el *origen de la vida por el solo concurso de las fuerzas naturales*, hasta decir Darwin que este sistema era más amplio que el suyo.

Bajo el nombre de *monismo ó sistema de la immanencia* "han venido á confluir y á juntarse, repite un sátiro filósofo español, el trascendentalismo germánico y el positivismo anglo-francés."

Luego, una cosa es tomar un término en lo que vale gramaticalmente, y otra en lo que vale por su relación con la ciencia ó con otros sistemas, pues nunca un sistema, una teoría, una hipótesis aparecen solas en las corrientes intelectuales de una época.

No tiene razón el señor Profesor de Anatomía humana en criticar un término correctamente usado, y para hacerlo ha debido medir la extensión en que tomamos el tal vocablo y la aplicación que de él hicimos en el ligero estudio de una hipótesis científica.

Si quisiéramos, podríamos hacer una variada crítica á los tantos errores de gramática en que incurre este Catedrático de Anatomía humana y .... para muestra basta un botón: ¿quién le ha dicho que *lessa* se escribe con doble *ss*? ¿está hablando en italiano? y, por qué escribir el vocablo contra toda regla en *bastardilla*? ¿en dónde ha aprendido que *éllos*, reproductivo, no lleva acento tónico? ¿quién le ha enseñado que basta *saber leer* para *conocer la significación de las palabras*?

Estas citas se pueden multiplicar; pero como con ello nada gana la verdad religiosa, nosotros no estamos sino por las cuestiones de fondo, y á la discusión de los errores que entrañen iremos siempre, á fin de atajar las graves consecuencias que esas cuestiones tienen para la religión y la moral.

Concluyamos, pues.

En el último artículo publicado por el señor Profesor de Anatomía humana no quedan desvirtuadas nuestras afirmaciones sobre la falsedad de la teoría darwiniana, y antes de autorizar esta nueva réplica con nuestra firma, volvemos á preguntar:

Cuándo se ha verificado la mutación de una especie en otra?

Cuándo fue que el mono se convirtió en hombre?

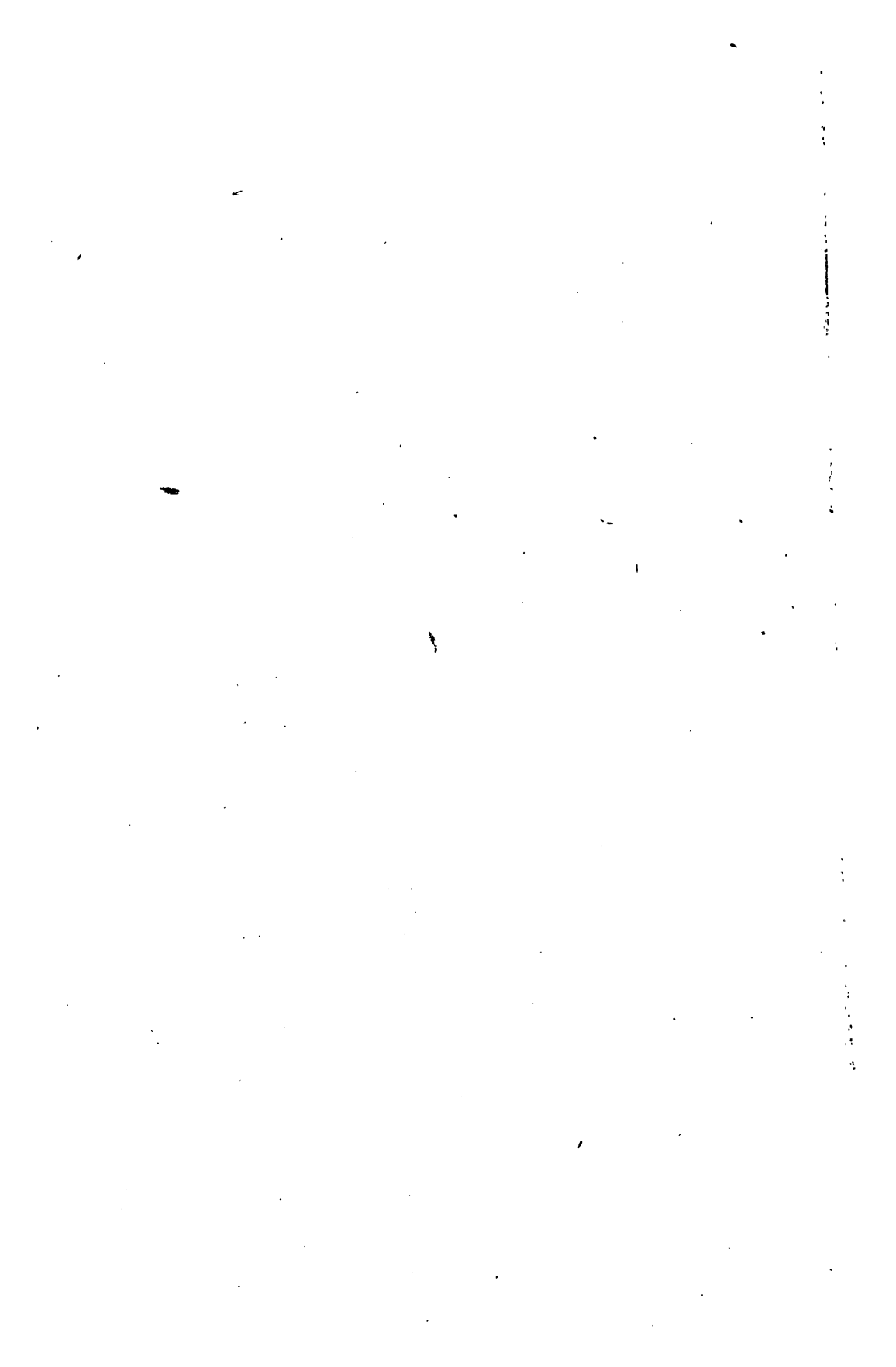
En qué época de la historia se realizó el cambio?

Y si fue allá en las nebulosidades de la prehistoria, ¿cómo lo ha sabido el doctor Razzeti? ¿quién le hizo semejante revelación?

¿Por qué el mono no ha seguido transformándose en hombre?

Presente el señor Catedrático de Anatomía *un solo hecho, uno solo*, y no seremos nosotros ni tan orgullosos ni tan rebeldes que lleguemos á regatearle el laurel de la victoria.

(Con licencia eclesiástica)







GAYLAMOUNT  
PAMPHLET BINDER



*Manufactured by*  
GAYLORD BROS. Inc.  
Syracuse, N. Y.  
Stockton, Calif.

U.C. BERKELEY LIBRARIES



C038924218